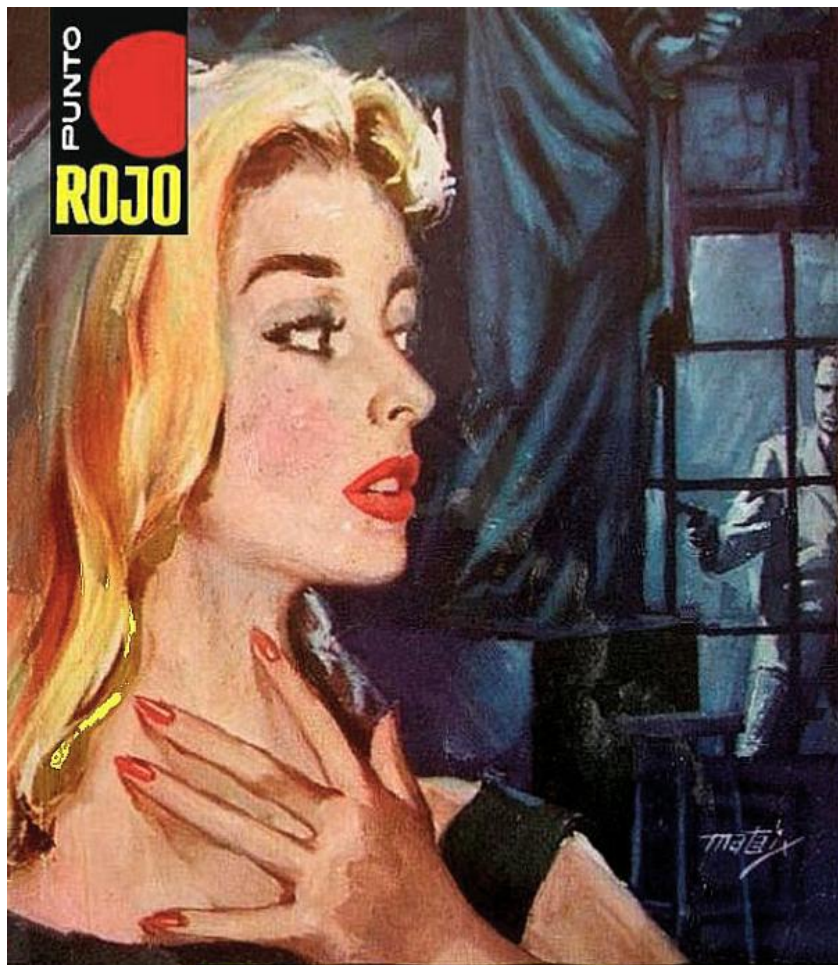


PUNTO
ROJO



B&B

LA ESCULTURA DE LA MUERTE

Burton Hare

LA ESCULTURA DE LA MUERTE



BURTON HARE

LA ESCULTURA DE LA MUERTE

Colección PUNTO ROJO, n.º 112
Publicación semanal
Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA



DEPOSITO LEGAL B 11083 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN: JUNIO 1964

© ENRIQUE MATAIX - 1964
SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© BURTON HARE - 1964
SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 1282/64

**Todos los personajes y entidades privan-
 das que aparecen en esta novela, así como
 las situaciones de la misma, son fruto
 exclusivamente de la imaginación del
 autor, por lo que cualquier semejanza con
 personajes, entidades o hechos pasados
 o actuales, será simple coincidencia**

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:

109 — Garras en la niebla.

En Colección SERVICIO SECRETO:

718 — Fugitivo de la muerte.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

9 — No sirvo para ladrón.

CAPITULO PRIMERO

—¡Brindo por la suerte de esos dos! —bramó Jean con su habitual entusiasmo, al tiempo que levantaba su panzuda copa.

Casi todos los ocupantes del estudio hicieron lo mismo. Las copas fueron vaciadas y llenadas de nuevo rápidamente.

Pierre Chabot, un pintor abstracto de tendencias agresivas, vació la segunda copa y gruñó:

—Hay tipos que nacen bajo la protección de los dioses.

—Un pariente rico jamás ha sido un dios —opinó Elena, cuyos pinceles no conseguían sacarla de una situación económica precaria.

Víctor Bencher, uno de los «afortunados», se limitó a beber en silencio una copa casi llena de coñac. Sus vidriosos ojillos se pasearon por el grupo con expresión de disgusto y acabaron por detenerse sobre el propietario del estudio, Charles Delfosse. Víctor estaba borracho, aunque este hecho no sorprendía a nadie ya que era su estado habitual.

El otro «afortunado» Louis Deschamps, no había brindado. Realmente, su expresión era de reproche ante la alegría desatada del grupo. Había dejado su copa sobre la mesita y encendió un cigarrillo, un poco apartado de los demás.

—¡Otro brindis! —gritó Jean—. ¿A nadie se le ocurre un brindis original? Pues bebamos por una mejor imaginación...

Y bebió, y llenó de nuevo la copa tan eufórico como siempre. El único que le secundó fue el ya ebrio Víctor.

Charles miró a Louis y le vio pálido y a punto de estallar. Pensó que aquello iba a terminar mal.

Louis dijo:

—Ya basta... Me parece de mal gusto brindar por la muerte de un hombre.

Víctor se enderezó.

—Ese hombre —gruñó con voz estropajosa—, nos ha dejado una fortuna, Louis. Piensa en eso y lamentarás que no haya muerto mucho antes.

—¡Víctor!

La voz de Louis temblaba de indignación. Víctor se limitó a reír.

Un poco apartada de los demás, una muchacha de extraordinaria belleza contemplaba al alborotador grupo con mirada inquieta. Laura no compartía en absoluto la alegría de los demás. Durante un instante fugaz, sus ojos se encontraron con los de Charles en muda súplica. No advirtió que Víctor sorprendía esa mirada, ni la sonrisa astuta del borracho...

Charles intervino deseando poner paz.

—Creo que Louis tiene razón. Después de todo, el fallecido millonario era tío suyo y de Víctor. Merece cierto respeto. La muerte siempre lo merece.

Reinó un instante de silencio. Luego, Jean habló con menos entusiasmo que antes.

—Tal vez tengas razón —murmuró—. Pero no me negarás que esos dos pájaros han tenido mucha suerte... Ahí es nada caerles encima un fortunón sin comerlo ni beberlo... ¿Por qué no tendré yo un pariente como ése en alguna parte?

—No te lo discuto —intervino Louis con su clásica seriedad—. Sin embargo, creo que incluso alegrándonos de nuestra suerte, el recuerdo del tío merece un respeto que no parece

inspirar... por lo menos a algunos.

Víctor se dio por aludido. Su mirada de borracho chispeó de furia y dio unos pasos vacilantes, acercándose a su primo.

—Lo que te pasa a ti —masculló—, es que eres un redomado hipócrita, Louis. Quieres dártelas de respetuoso, de apenado por la muerte del viejo fósil... un viejo carcamal que jamás se molestó en ayudarnos lo más mínimo a pesar de saber que estábamos sin blanca... Nunca quiso saber nada de nosotros.

—No estoy yo tan seguro —replicó su primo—. Él contaba con que podíamos ganarnos la vida. Sabía de mis luchas por exponer mi obra... y también sabía de las tuyas por batir todos los récords establecidos en borracheras.

Víctor se precipitó sobre él hecho una furia, pero los poderosos brazos de Charles le agarraron al vuelo, obligándole a sentarse a la fuerza.

—Quieto, Víctor —ordenó el escultor—. Mientras estés en mi estudio quiero paz, ¿comprendido? Bebe todo lo que quieras, pero las manos quietas.

La mirada del borracho centelleó al posarse en Charles. Por un momento, éste temió que le agrediese, pero pronto pareció pasar el peligro.

—Muy bien —concedió Víctor—. Haya paz...

Laura no había despegado los labios, alarmada por los sucesos. Pero sus ojos no se apartaban del escultor como si quisiera protegerlo con solo mirarlo.

—Bien, me parece que nos estamos portando como un hato de idiotas, muchachos —opinó Jean, quien añadió—: V no me importa que se me ponga a mí en cabeza de la lista. ¿Alguien tiene un cigarrillo?

Elena le acercó un paquete. La pintora le sonrió, murmurando:

—Como idiota mayor de la cofradía, Jean, sigues siendo tan tacaño como siempre. ¿Por qué no compras tabaco de vez en cuando?

—Porque, lo creas o no, no me queda ni un franco.

—Lo creo.

Rieron los dos. Louis los miró, sonrió, y fue a sentarse al lado de Laura, a la que enlazó por la cintura suavemente.

Charles se apartó de la pareja y prendió fuego a su pipa, un poco sorprendido por el silencio que había caído de repente sobre el grupo, un silencio artificial, tenso. Su ancha frente se frunció, y miró de reojo a Louis y Laura. Luego desvió la mirada y fumó, pensativo.

Detrás de él se erguía una escultura casi terminada. Las gráciles formas de mujer tenían una belleza, agresiva, desafiante. De tamaño natural, parecía presidir la tumultuosa reunión.

Pero no tenía cara.

Era lo único que faltaba por terminar; las facciones de la esbelta escultura no eran otra cosa que una masa sin modelar todavía, mientras todo lo demás acusaba el arte creador de Charles y la delicadeza de sus manos de artista.

Pierre Chabot inclinó su corpachón hacia adelante y se escancié más coñac. El ruido de la botella al chocar contra la mesa, cuando la depositó en ella, semejó romper aquella especie de tensión que les dominaba.

Pierre comentó:

—Esto amenaza con degenerar en un velatorio, muchachos.

—Según Louis, eso es lo que debe ser esta reunión —dijo Víctor.

Su burla no obtuvo comentarios. Louis apenas le oyó, por cuanto estaba ocupado mirando amorosamente a Laura. Habló en voz baja:

—Ahora nada nos impedirá casarnos, Laura.

Esta se, esforzó en rehuir sus ojos.

—Sí, Louis —murmuró—. Aunque de momento debes preocuparte solamente de tu exposición... Eso es lo más importante ahora.

—Lo tengo casi todo resuelto. Los marcos encargados y la sala contratada... He repartido las invitaciones... En fin, solo tú me importas ahora, amor.

Ella no respondió. Notaba en su cintura la presión del brazo masculino, pero su expresión no delataba ninguna clase de sentimiento.

Detrás de ellos, casi tocando la escultura, Charles se esforzaba en mirar a otra parte.

Y Víctor, a pesar de su borrachera, no dejaba de vigilar a la pareja ni al escultor. La astucia seguía asomándose a sus ojos.

Elena suspiró y dijo con disgusto:

—¿A nadie se le ocurre nada divertido, muchachos? Es la primera vez que en una asamblea como ésta nadie tiene nada que decir.

—Pero tenemos bebida.

Pierre levantó la copa al hablar y la vació de un trago. Eso pareció despertar a Víctor, que salió de su vigilancia para apurar también su copa, llenándola sin pérdida de tiempo.

Soltó una carcajada, se levantó con pasos inseguros, y trató de iniciar un brindis con voz apenas inteligible.

—Por la feliz pareja... —señaló a Laura y a su primo y añadió con la misma voz estropajosa—: para que se casen pronto... si nadie lo impide.

Charles dio un respingo y bajó la copa que levantaba ya hacia sus labios. Apretó los dientes cual si deseara impedir que las palabras surgieran, impetuosas, y pareció taladrar al borracho con la mirada. No había duda de que se sentía furioso.

Louis también acusó el golpe y levantó la cabeza.

—¿Quién tiene que impedirlo? —gruñó, dirigiéndose a su primo.

Este se encogió de hombros, bebió un trago, y tartajó:

—¿Quién sabe, primito? En amor nunca puedes estar seguro de nada.

—Bah, estás borracho.

—¡Magnífico descubrimiento! Sigue así y llegarás a tener ideas propias.

La burla que vibraba en las palabras de Víctor hizo enrojecer a Louis. No obstante optó por callar. Ya estaba el ambiente suficientemente cargado.

Sin embargo, no pudo evitar la mirada inquieta que posó sobre Laura. No encontró los ojos de ésta y volvió a mirar hacia su primo.

Entonces resonó la profunda voz de Charles, pausada y segura, pero vibrante de enojo:

—Víctor —dijo—, como sigas así te echaré a la calle. Empiezo a cansarme de ti y de tus estupideces. Si no sabes encajar la bebida límitate al agua mineral. Es más sano.

—¡Oh, cállate, lumbreira! Déjame en paz. Ya tienes bastante qué hacer si quieres...

—¿Sí?

—Seguro... Por ejemplo: Puedes dedicar tus esfuerzos a terminar esa maldita escultura... con las facciones de la mujer que amas. Estoy seguro de que complacerá a tu cliente.

Esta vez pareció que Charles iba a saltar. La sangre enrojeció sus curtidas mejillas y dio un paso hacia el borracho. Pero Elena se interpuso.

—¡Charles! —clamó la muchacha—. ¿Vas a hacer caso de las palabras de un borracho?

El escultor se detuvo con visible esfuerzo. Sus dientes apretaron la boquilla de su pipa como si quisiera romperla. Al fin soltó un gruñido y volvió a su anterior posición. La tensión se relajó y Elena dejó escapar un suspiro.

Pero el alcohol dominaba a Víctor peligrosamente. Torció el gesto y dirigió sus dardos a Elena.

—Gracias, muñeca —murmuró, inclinándose en burlona reverencia frente a la mujer—.

Pero no te hagas ilusiones... no es tu cara la que modelará en la escultura. El apuesto Charles... el hercúleo Charles... el adorado Charles...

El aludido se quitó la pipa de la boca, la depositó sobre el pie de la escultura y avanzó resueltamente hacia Víctor. En sus pétreas facciones se reflejaba la tormenta que bullía dentro de él y no había duda de que se proponía aplastar al borracho con sus grandes puños.

Pero antes que pudiera llegar a él, Jean se había interpuesto. Fueron las manos de éste las que se cerraron sobre las solapas de Víctor, sacudiéndolo como a un pelele sin fuerzas, al mismo tiempo que le soltaba, rojo de ira:

—¿Qué te has propuesto, asqueroso borracho? ¿Quieres que te sacudan, o prefieres largarte antes? Sacas de quicio a un santo... y ninguno de los que estamos aquí tenemos madera de santo. Decide. ¿Te largas o te rompo la cara?

—Déjalo, Jean —dijo Charles a sus espaldas—. Esto es asunto mío.

—Nada de eso. Es asunto de todos. Hemos formado un grupo unido y amistoso. Nos hemos ayudado unos a otros cuando ha sido necesario... y este gusano se ha metido aquí para soltar su veneno y separarnos. Si quiere recibir lo que merece lo tendrá.

Víctor se soltó de un tirón y retrocedió unos pasos. Se tambaleaba a punto de caer, pero seguía mirando con desafío a todos los demás.

—Me voy —anunció al fin—. Me largo de este velatorio. Ya aprenderéis a divertirlos en cuanto haya cobrado mi parte de la herencia... yo os enseñaré... idiotas...

Fue retrocediendo hacia la puerta hasta que tropezó de espaldas contra ella. Desde allí los miró uno a uno, burlón, desafiante y, al parecer, divertido.

—Ahí os quedáis... fósiles... —miró a Elena y repitió—: Pero no será tu cara la que inspirará a Charles...

Abrió la puerta de un tirón. Louis se levantó de un salto.

—¡Víctor! —gritó.

El borracho se detuvo. Su primo se contuvo con un esfuerzo y le advirtió:

—Esta tarde tenemos que presentarnos en casa del notario... Lo menos que puedes hacer es no acudir allí tal como estás ahora.

—No te preocupes... Estaré sereno... Compondré la imagen del apenado sobrino que llora desconsolado la muerte de su amado tío... Me portaré tan hipócritamente como tú...

Salió sin cerrar la puerta mientras su carcajada se perdía fuera del estudio.

Los que quedaron allí dejaron escapar un suspiro de alivio, pero de pronto oyeron los tambaleantes pasos del borracho que regresaba. Le vieron asomar la cabeza por el hueco de la puerta.

—Y cástate pronto, primito —recomendó, haciendo esfuerzos para contener su hilaridad—. Si puedes...

Se marchó definitivamente. Charles avanzó y cerró la puerta de un puntapié.

Jean gruñó:

—Es tan venenoso como una víbora.

—Quizá sí, pero creo que lo hemos tratado demasiado duramente.

Jean miró a Pierre, que era quien había hablado. Se encogió de hombros.

—No merece otro trato... Borracho, vago y vicioso... que el diablo lo lleve.

Pierre tomó su copa, bebió lo que quedaba en ella y dijo, como cerrando la discusión:

—Después de todo es digno de lástima.

Elena se levantó, alisó la falda a lo largo de sus firmes caderas y luego se despegó voluptuosamente. Al mismo tiempo habló con voz aburrida dirigiéndose a Pierre.

Dijo:

—Desconocía tus tiernos sentimientos hacia ese bicho, querido Pierre... Realmente, ignoraba que tuvieses sentimientos de ninguna dase. Nunca los has demostrado.

El aludido se echó a reír.

—Ya sé que hablas porque no te he declarado mi amor, diosa del pincel.

—Seguro.

Reinó un silencio. La escena habida entre ellos y el beodo había dado al traste con la reunión. Laura seguía al lado de Louis, callada y con expresión ausente. Los demás no tenían mejor cara a pesar de los esfuerzos de Elena y Pierre para animar de nuevo el humor.

Finalmente, ahora uno, luego el otro, fueron despidiéndose amistosamente de Charles y éste se encontró solo, como perdido en el silencio que había quedado allí dentro.

Dio una mirada a la escultura sin terminar, se colocó la pipa entre los dientes, y murmuró como para sí:

—Creo que has tenido la gran idea, Víctor... Será una obra maestra en muchos aspectos.

La atmósfera estaba saturada del humo de los cigarrillos y pipas. Fue hacia la ventana y la abrió, dejando entrar el fresco del otoño. Dejó que su mirada se perdiera, vagando por el cielo de París, azul y brillante, sin una nube.

Repitió entre dientes:

—Una obra maestra...

CAPITULO II

Había pasado apenas media hora desde que le dejaron solo. Charles seguía ante la ventana, arrancando nubes de humo de su pipa, la frente arrugada y las mandíbulas apretadas con gesto de determinación.

De vez en cuando soltaba un gruñido ininteligible, como si estuviera discutiendo consigo mismo y no pudiera ponerse de acuerdo.

Entonces se abrió la puerta sigilosamente y Laura apareció en el umbral. Abstraído, el escultor no advirtió su presencia. La muchacha miró unos instantes las anchas espaldas del dueño del estudio, cerró la puerta en silencio y susurró:

—Charles...

Este giró sobre sus talones.

—Laura...

Arrancó la pipa de entre sus dientes y avanzó hacia ella. Laura se adelantó, también y un segundo después estaba aprisionada entre los fuertes brazos del escultor; mientras sus ojos parecían hundirse en los grises de él, buceando en sus profundidades.

—Charles... —repetió suavemente.

—Amor mío...

Sus labios se encontraron y un beso estalló en ellos como una llamarada. Fue un beso casi doloroso en el que ardía toda la pasión que les unía.

Después, y al separarse sus rostros, siguieron muy juntos, como unidos por algo más que unos brazos anhelantes de amor.

—Eso ha llegado demasiado lejos, querida —dijo Charles al fin, con voz contenida.

—Te quiero...

—Y yo a ti, amor. Pero tenemos que terminar con esta situación absurda y cobarde. Ya has visto lo que ha sucedido aquí hace poco... ese cerdo de Víctor lo ha adivinado todo y ha estado a punto de provocar una escena. Tenemos que hablar con Louis y aclarar eso de una vez para todas.

—Temo hacerlo. Está enamorado de mí... y cree, que yo también le amo.

—Razón de más para no prolongar esta situación.

—Creo que toda la culpa es mía...

—No conduce a nada buscar de quién es la culpa. Hasta ahora he consentido en callar, mordéndome la lengua cada vez que te veía junto a él, porque tú lo has querido así, pero ya es humanamente imposible sostener esta situación ni un día más.

—Hasta ahora no podíamos asestar ese golpe a Louis... Me necesitaba, ¿no te das cuenta? Por primera vez en su vida iba a exponer su obra. Precisaba de todo el aliento que yo podía darle. Luchaba por mí, por el amor que siente... tenía que terminar los cuadros, dejarlos listos para la exposición... tú sabes lo que ha representado para él esta oportunidad.

—Lo sé, lo sé —exclamó Charles, impaciente—. Sé que toda su vida ha estado esperando el momento de exponer. Y todos le hemos alentado, ayudado... Alcanzará un triunfo, estoy seguro. Y ya no necesitará tu aliento.

—Pero será un golpe muy duro... Temo su reacción.

—Es un hombre frío. Nunca deja que el corazón domine su mente. Tal vez por eso su pintura resulte tan cerebral... tan helada. Creo que en esa misma frialdad reside buena parte de su mérito. Quiero decir con eso que posiblemente tomará la situación con calma... Y si no es así lo lamento por él. No voy a dejar que destroce nuestras vidas.

—Charles...

Él la besó de nuevo. Luego murmuró:

—Además, esta tarde o mañana entrará en posesión de su parte de la herencia. Esa misma fortuna le ayudará a encajar el golpe. Se sentirá poderoso... y nos dejará tranquilos.

—No sabes cuánto deseo que sea así.

Se separaron al fin. Con gesto abstraído. Charles se llevó la pipa a la boca y aspiró varias veces antes de darse cuenta que estaba apagada.

Laura se dejó caer sobre una butaca y desde allí contempló con mirada anhelante al hombre a quién amaba.

—¿Cómo vamos a decírselo? —preguntó.

Charles no respondió enseguida, ocupado en prender fuego a la pipa. Luego masculló:

—No lo sé, lo más sensato es hablarle con toda franqueza.

—No... eso le haría demasiado daño... creería que he estado burlándome de él...

—Entonces, ¿cómo quieres decírselo? El que una vez creyeras estar enamorada de él no te obliga a seguir sacrificándote. No existe ningún lazo sólido entre vosotros dos.

—No sé cómo decírselo... Temo su reacción... y temo también que se considere humillado.

—Tonterías. Pero si quieres hacerlo de otra manera...

—¿Qué? —le apremió ella al ver que se interrumpía.

—Víctor me ha dado la idea...

Charles giró la cabeza lo justo para contemplar la cara sin modelar de la escultura. Una lenta sonrisa añoró a sus labios.

—¿Víctor?

Laura no pudo ocultar su asombro.

—Sí, ese, degenerado. Sin embargo, su retorcida idea puede ser buena. ¿No lo comprendes?

Laura tardó un poco en captar la idea; Estupefacta, dejó que sus ojos fueran de la escultura a Charles y de éste a aquella varias veces. No pudo hablar.

—Eso es —asintió él—. Tu rostro en mi obra. Modelado con amor, con pasión... con la misma ansia con que te quiero. Será una obra maestra.

—Pero Charles...

—No hables... ¿No te das cuenta? Si eso es lo que inconscientemente he deseado hacer todo este tiempo... Cada vez que me enfrentaba con ese rostro mis manos se resistían a tocarlo... no podía modelarlo... era como si una fuerza más poderosa que mi voluntad frenara mis manos. Ahora sé por qué sucedía esto.

Sonrió ante el estupor de Laura. Los ojos de ésta se humedecieron, a punto de dejar que las lágrimas dieran una respuesta. Luego, él habló de nuevo:

—Tu rostro será la revelación para todos de nuestro amor. Louis sabrá que te quiero y que tú me amas a mí... Y tendrá que conformarse, tendrá que enfrentarse a un hecho consumado y se verá obligado a aceptar nuestras explicaciones. Para entonces, el triunfo que obtenga le ayudará a paliar el golpe.

—Oh, Charles... sería maravilloso...

—Así... ¿Aceptas?

—Sí, querido.

El escultor no pudo ocultar su alegría. Arrancó densas nubes de humo a la cachimba y pronto una espesa niebla flotó cerca del techo, deslizándose lentamente hacia la ventana.

* * *

El notario consultó su reloj con un ademán de impaciencia.

Frente a él, sentado en una ancha butaca, Louis miró inquieto la cara del hombre de leyes, mientras se preguntaba si Víctor estaría tan borracho que ni siquiera recordaba la cita que tenían para la lectura de la última voluntad de su acaudalado tío.

—¿No sabe usted dónde podríamos llamarlo? —preguntó el notario, disgustado por aquella pérdida de tiempo.

—No... lo siento. Mi primo no tiene teléfono...

El anciano hizo una mueca.

Louis se contentó con examinar la anticuada y regia decoración del gran despacho. Los centenares de volúmenes que llenaban las estanterías; los pesados cortinajes y los tallados muebles de caoba. En cierto modo, todo ello hacía juego con el viejo notario, o éste con la decoración. También el hombre era de otra época. Uno imaginaba que su indumentaria adecuada sería la casaca y el cuello alto, con su perilla recortada...

El ruido de la puerta al abrirse rompió los pensamientos del pintor. El secretario de la notaría anunció:

—El señor Bencher, señor...

Víctor entró con paso seguro. Louis no pudo ocultar un suspiro de alivio al verle avanzar sin tambalearse, y aunque la cara de su primo delataba que el alcohol seguía dominándole, consideró casi un milagro que se presentase de forma más o menos digna.

—Lo siento —se disculpó Víctor—. He tenido un compromiso ineludible. No he podido venir antes...

—Está bien, señor Bencher —refunfuñó el notario—. Siéntese, por favor.

Manoseó un legajo que tenía sobre la mesa, leyó algunas frases para sí y miró por encima de sus lentes a los dos primos.

Víctor se había sentado, muy tieso, en la otra butaca que existía frente a la mesa. No había saludado a Louis. Una descortesía en opinión del anciano, pero pensó que ya recibiría su castigo.

—Creo que no es preciso que les lea todo el preámbulo de este documento. Realmente, contiene los formulismos legales necesarios en estos casos...

—Preferimos que vaya al grano —le interrumpió Víctor secamente, con la que se ganó otra mirada de disgusto del hombre de leyes.

—Muy bien... —se aclaró la garganta antes de añadir—: Lo que voy a leerles primero es un párrafo que su señor tío me dictó personalmente, haciendo hincapié en que les fuera leído a los dos antes de pasar a las disposiciones testamentarias.

Esta vez Víctor permaneció mudo, con los ojos brillantes de excitación. Todo esto no le interesaba. Su tío podía haber dictado hasta poesías si se le hubiera antojado. Lo importante era el dinero.

El notario empezó:

—Estas son las palabras de su tío, señores:

«Yo creo que antes de hablar de mí dinero debo decirles algo de mí y de vosotros mismos. Creéis que no me he ocupado de vuestra vida por la sencilla razón de que no he dado nunca dinero para aliviar

vuestra precaria situación. Estáis en un error. He sabido siempre lo que hacíais, cómo vivíais y como trabajabais. Siempre he pensado que el hecho de haberos mandado dinero hubiera sido una estupidez. Tengo una fortuna que he ganado personalmente, luchando desde mi juventud en las colonias hasta que me retiré. Bien, Louis, y Víctor, todos tenemos que luchar para alcanzar la fortuna. El dinero fácil es una maldición, al menos eso creo.

»He sabido de ti, Louis. He pagado detectives privados para que me informasen. Creo que alcanzarás la fama y la fortuna con tu pintura. Toda tu vida has trabajado duramente para conseguir ese triunfo, lo sé. Estoy convencido de que te mereces la mejor suerte del mundo.

»En cuanto a ti, Víctor, también me han dado informes precisos de tu vida de crápula, holgazán y borracho...

Víctor pegó un salto y se inclinó sobre la gran mesa del notario. Estaba rojo de ira.

—¡Basta! —exclamó—. ¿Es necesaria esta mascarada? No me importa en absoluto lo que el viejo carcamal opinase de mí. ¿He de aguantar sus opiniones ahora que está pudriendo tierra?

El notario había levantado la cabeza al oír la interrupción. Soltó una sola palabra, pero su tono valía por un latigazo.

—¡Siéntese! —ordenó.

Víctor lo hizo, dejándose caer pesadamente en la butaca, refunfuñando iracundo.

El anciano se aclaró la garganta. Leyó en un murmullo buscando el punto donde le habían interrumpido, miró por encima de las gafas al borracho y, lentamente, reanudó su lectura repitiendo todo el párrafo que ya había leído:

—... «informes de tu vida de crápula, holgazán y borracho, por todo lo cual me doy cuenta de que jamás serás un hombre digno. Nunca has trabajado. Has abandonado tus estudios de arte, y, en general, has deshonrado el nombre que llevas. Lo lamento por ti mismo porque acabarás tu desastrosa vida de mala manera.

»Esto es todo cuanto quería deciros antes de pasar al capítulo de intereses, pero consideraba necesario hacerlo para la mejor comprensión de mis sencillas disposiciones. Que tengáis mucha suerte, cada uno en el camino emprendido».

El notario calló y se entretuvo en ordenar los papeles del legajo sin levantar la cabeza. Louis se mantuvo inmóvil, como asimilando el largo párrafo que acababa de oír.

Por su parte, Víctor se removía en su butaca sin poder disimular su ira ni su inquietud. No le gustaba aquel prefacio.

Al fin, el notario carraspeó y colocó el testamento bajo su nariz.

—Y éste es el testamento —anunció—. También aquí paso por alto los párrafos legales. Dice así:

«Lego a mis queridos sirvientes Jules Bodard, Eveline Sabati y Louise Féron, la suma de cien mil francos a cada uno en agradecimiento

por sus fieles servicios y atentos cuidados. Igualmente, y mientras ellos deseen vivir en ella, les lego en propiedad conjunta la casa donde he vivido estos últimos años. Creo que ellos la aman tanto como yo.

»El resto de mis bienes muebles e inmuebles, acciones, joyas y metálico, concretamente todo cuanto poseo, pasará única y exclusivamente a manos de mi sobrino Louis Deschamps, a quién expresamente nombro mi heredero universal.

»A mi otro sobrino Víctor Bencher le será entregada la cantidad mínima que determine la ley para que, en ningún caso, pueda impugnar o discutir esta mi última voluntad...»

Algo semejante a un gemido de bestia herida salió de los labios contraídos por la rabia de Víctor Bencher, al mismo tiempo que se levantaba lívido como un muerto. Sus ardientes ojos cayeron sobre su primo como si quisiera fundirle con su furia.

—Te felicito —barbotó, haciendo esfuerzos por contenerse—. Tú sabías eso...

—¿Yo?

—Claro que sí... Heredero universal...

Intentó soltar una carcajada, pero lo único que consiguió fue emitir otro gemido extraño, impulsado por la cólera.

El notario intervino con voz seca:

—El señor Deschamps no conocía en absoluto este testamento. Por otra parte, el preámbulo del mismo, dictado por su tío, explica el porqué de semejante legado...

—Al diablo usted también —gruñó Víctor, fuera de sí al ver que la ambicionada fortuna escapaba de sus manos—. Bien me la han jugado entre todos... Pero esto no quedará así...

El notario se levantó y oprimió el botón de un timbre que había sobre su mesa.

—No le consiento que en mi despacho hable usted en ese tono... Por otra parte, leído el testamento, usted está de más aquí...

Se abrió la puerta y el secretario asomó la cabeza. El notario ordenó, sin apartar la mirada del furioso Víctor:

—Acompañe al señor Bencher a la puerta.

Víctor vaciló, poco dispuesto a retirarse sin volcar su rencor. Pero la actitud resuelta del notario atajó su furia y se limitó a murmurar:

—Ya hablaremos tú y yo, primito...

Al quedar solos, Louis y el notario se miraron en silencio. La voz del pintor temblaba cuando dijo:

—Lo siento sinceramente. Habría preferido que Víctor hubiera recibido también su parte... Después de todo es solamente un desgraciado...

—No opino yo así. Su vida de crápula no tiene disculpa. Yo he visto los informes que recibía periódicamente su tío sobre ustedes dos. Créame, su primo solo merece desprecio. Bien —cambió de tono—. ¿Cuándo le parece que podrá hacerse cargo de todos los bienes?

—Usted debe fijar el día y la hora, señor...

—Perfectamente; podemos empezar mañana por la mañana, aunque he de advertirle que el trabajo nos llevará algunos días... Hay propiedades en distintas partes del país, ¿comprende?

—Perfectamente. Mañana por la mañana estaré a su disposición.

Los dos hombres se estrecharon la mano y Louis abandonó el despacho del notario como andando en sueños. No podía creer que la suerte hubiese caído sobre él en tal proporción...

CAPITULO III

—Terminada —murmuró Charles con voz que la emoción hacía insegura.

Se acercó a Laura y, tomándola de las manos, la obligó a acercarse a él. Un instante después sus labios se apretaban en un largo beso.

—Charles... —susurró la muchacha.

Los dos volvieron la cabeza para contemplar la obra, el rostro de la escultura.

En verdad, era una pieza maestra. La cara había cobrado vida y bajo las manos del escultor había surgido radiante, superando en belleza a la modelo, si es que eso era posible.

—¿Así soy yo? —murmuró Laura, emocionada.

—Así te veo con los ojos de mi amor, querida. Todo el mundo sabrá ahora cuál es la mujer que amo. Víctor podrá sentirse satisfecho de la idea que me proporcionó, aunque fuera dictada por su rencor.

—Pobre Víctor...

—¿Le compadeces?

—Sí... Él se había forjado todas las ilusiones del mundo con esa herencia. Fue un golpe demasiado duro para resistirlo.

—Él mismo se ha buscado lo que tiene ahora —opinó Charles—. Y tal como lo ha tomado, no va a arreglar nada... Bebe más que nunca. Está hecho una piltrafa.

—Por eso siento lástima de él.

—Olvidalo, querida. ¿Dónde está Louis?

—En la exposición. ¿Has leído las críticas?

—Sí, todas le declaran triunfador. Ya lo suponía. A partir de ahora su nombre se cotizará en arte. Ha obtenido un rotundo triunfo.

—Entre la exposición, y los días que ha estado ocupado con los inventarios y trámites de la herencia apenas si lo he visto... Ha sido un consuelo.

—Pues esta noche le verás...

—¿Esta noche?

Charles hizo una mueca y tardó en responder. Luego murmuró:

—Los he citado a todos. Les he dicho que quiero celebrar el que mi obra esté terminada... ninguno de ellos ha estado aquí desde aquella reunión en que Víctor me dio la idea, de manera que no saben nada de nuestro complot, ni sospechan qué facciones son las que he modelado...

—Tengo miedo, Charles —murmuró Laura, pálida al imaginar lo que se avecinaba.

Por otra parte, Louis tiene ya todo lo demás, ¿no es así? Fama y fortuna... puede desprenderse de ti sin mucho dolor.

La besó de nuevo para infundirle ánimos. El beso se eternizó y los dos experimentaron el éxtasis de su amor, como un anticipo de la felicidad que ese amor les brindaba una vez solucionado el asunto con el pintor.

Cuando se separaron, los ojos de Laura chispeaban luminosamente reflejando su felicidad.

—Tengo que irme —dijo—. ¿Crees que esta soche debo estar también aquí?

—Sí

Ella asintió con un gesto. Al ver la decisión de él experimentó también la seguridad de que todo saldría bien. Se irguió, orgullosa del amor que inspiraba. Su majestuosa figura pareció ganar en belleza, y Charles sintió la emoción del momento.

Cuando pudo dominar su voz pidió:

—Ven pronto, querida...

—Antes que nadie...

La besó ligeramente y abandonó el estudio. Charles encendió su pipa y contempló largamente su obra. Después se sirvió una copa de coñac, que saboreó lentamente medio derribado sobre un desvencijado sofá.

Poco a poco fue inclinándose más hasta quedar tendido. La pipa se le apagó y la copa, vacía, quedó sobre la baja mesita. El escultor cerró los ojos, sumido en sus ensueños, y así dejó transcurrir el tiempo hasta que el sueño le venció y quedó dormido. La pipa escapó de sus dedos y quedó en el suelo.

Cerca de él, como velando su sueño, la escultura, la obra maestra, parecía contemplar a su creador con ojos cargados del amor que experimentaba la mujer que había servido de modelo.

Cuando Charles abrió los ojos era noche cerrada. Semiinconsciente, parpadeó sin recordar siquiera dónde se encontraba, pero cuando sus ojos distinguieron la oscura silueta de la escultura destacándose contra la abierta ventana pegó un brinco, levantándose. Se despezó y encendió la luz.

Su primera mirada fue para su obra. Sonrió. Luego, febrilmente, apartó todo cuanto podía estorbar para la reunión, preparó las botellas y las copas, encendió la pipa y deseó que todo hubiese pasado y que ninguna sombra se interpusiera ya entre él y Laura...

El primero que llegó fue Jean, al joven escultor que tanto admiraba a Charles. Quedó con la boca abierta, contemplando el maravilloso rostro de la escultura, y durante unos instantes no pudo articular palabra.

Después, cuando recobró la voz, dejó escapar una catarata de exclamaciones de admiración, atónito por lo que estaba viendo.

Hasta que, ante el silencio de Charles, comprendió todo el alcance de la obra y balbució:

—¡Laura... ¡Cielos! La idea de Víctor...

—Es cierto —asintió el escultor—. Ese es el rostro de la mujer que amo.

—Y ella...

—Ella también me quiere.

Tuvo que contarle la especie de complot que habían sostenido los dos para no interferir el triunfo de Louis. Jean escuchó, estupefacto, y lo mismo les sucedió a los demás, a medida que fueron llegando.

Elena aceptó la situación con su peculiar buen humor. Pierre en silencio, como callándose sus reproches...

Hasta que llegó Laura y tuvo que soportar los comentarios y felicitaciones que llovieron sobre ella cual una granizada.

Minutos más tarde, Louis entraba en el taller. Su actitud había cambiado ligeramente desde la última vez que estuvieron reunidos. El triunfo le había dado aplomo, dominio, sobre sí mismo. Y entre el triunfo y la fortuna parecía haberse encastillado y considerarse superior a los demás.

Sus eufóricos saludos se interrumpieron al advertir la tensa espera de los otros. Cerró la boca y les examinó, sin comprender todavía.

—¿Qué demonios ocurre aquí, muchachos? —empezó.

Entonces distinguió el rostro de la escultura. Dio unos pasos hacia ella, aturdimiento por el rayo de la comprensión. Todos vieron cómo la sangre huía de sus mejillas. Una extraordinaria palidez se adueñó de su cara... mientras sus ojos desorbitados captaban cada detalle de la obra que venía a decirle que Laura ya no era suya, que su amor había sido burlado... y él desbancado por otro en el corazón de la mujer que tanto amaba.

El silencio se hizo tan tenso y tirante que hubiera podido oírse claramente la caída de un alfiler.

—Está bien —balbució al fin con voz ronca—. Que alguien diga algo...

Fue Charles quien se adelantó, acercándose a él.

—Lo lamento, Louis... Laura y yo nos queremos. Sólo hemos mantenido silencio porque ella temía que, de revelarte nuestro amor antes de tiempo, el desengaño pudiera perjudicarte en tu exposición... en tu triunfo.

El pintor buscó a Laura con la mirada.

—¿Es cierto que le amas? —preguntó con voz que apenas era audible.

—Sí, Louis... perdóname.

Louis tragó saliva con dificultad. Luego habló, mientras sentía que el despecho y la ira iban dominándole.

—Bien os habréis reído de mí —masculló entre dientes—. Del tonto que no veía más allá de sus narices porque confiaba en la mujer que había jurado amarle... Y pensar que solo Víctor lo comprendió... porque él lo sabía... lo adivinaba...

—Cálmate, Louis —murmuró Jean, colocándose a su lado—. No puedes obligar a una mujer que sienta como tú deseas...

—Cállate, Jean... eso es asunto mío. Ese bastardo cree que me la quitará... el gran escultor. Pero lucharé, ¿comprendes, Charles? No te la llevarás tan fácilmente. Laura será mía más pronto o más tarde... Te la disputaré, maldito traidor, y ganaré porque yo puedo ofrecerle todo lo que ella pueda ambicionar. Fama y dinero, vestidos lujosos... joyas... ¡Maldito seas, Charles!

El furor habíase apoderado de él a medida que hablaba, y cuando menos podían esperarlo saltó sobre el escultor y le propinó un tremendo puñetazo. Charles cayó hacia atrás, sobre el diván, casi aplastando a Elena que se apartó de un brinco.

Jean sujetó al pintor, mientras Pierre intentaba hacer lo mismo con el castigado Charles, pero éste lo apartó a un lado. Se enderezó.

—No lo repitas, Louis —advirtió, tenso—. No voy a devolvarte este golpe... sé cómo debes sentirte en estos momentos. Pero no trates de repetirlo porque te aplastaré.

Louis se debatió en las manos de Jean. Una sorda ira le empujaba a luchar sin medir las consecuencias. No pensaba siquiera en que Charles era mucho más fuerte y corpulento que él... solo ansiaba pegar...

Finalmente, Jean logró sentarle en una vieja butaca.

—Tengamos paz —dijo— Tú, Charles, acerca las botellas.

Se llenaron las copas, se bebió con largueza y durante todo el tiempo Louis permaneció silencioso y abstraído, sin tocar siquiera la copa que Jean había colocado ante él.

Poco a poco, con el deseo general de desvanecer la tensión, las conversaciones se generalizaron. Pronto se encontraron hablando del triunfo de Louis, aunque sin conseguir que éste tomara parte en la charla.

Hasta que se abrió la puerta y Víctor apareció en el umbral. Aunque bebido; no estaba todavía tan borracho como era su costumbre. Tal vez quería mantenerse sereno para mejor disfrutar de la situación que él había intuido antes que nadie.

—Así que has terminado tu obra maestra —comentó, apoyándose contra la pared—. Te felicito. Charles.

—Gracias —gritó éste, de mal talante.

—No me negarás que te di una gran idea...

Silencio. El borracho dirigió entonces sus dardos a su primo.

—Te la ha birlado, pobre idiota —dijo—. Tú me has quitado mi parte de la herencia... pero a ti te han quitado a la mujer que querías... No puedo decir que lo sienta, primito...

—Lárgate de aquí, Víctor.

La seca voz de Charles restalló como un latigazo. El borracho se echó a reír.

—Por lo menos me invitarás a una copa antes de irme... una sola copa...

El mismo la tomó. Paladeó el coñac sin dejar de contemplar irónicamente al tenso grupo. Cuando al fin dejó vacía la copa, hizo un burlón saludo con la mano y farfulló:

—Me das lástima, primito... Te han quitado a Laura... y sin ella nunca serás nada... a pesar de tu triunfo, de la fortuna que me has robado...

Louis saltó antes que nadie pudiera impedirlo y cayó sobre su primo como un huracán. Sus puños golpearon brutalmente la cara del aturdido Víctor, que no había supuesto semejante reacción del abatido pintor.

Cuando al fin lograron separarlos, el labio superior del borracho sangraba abundantemente, mientras en toda la cara iban apareciendo otras señales de los golpes recibidos. Sus ojos echaban llamas.

—Ni así conseguirás a Laura —bramó Víctor, ciego de ira—. No gozarás con su amor..., ni gozarás tampoco de la herencia que me has quitado. ¡Cobarde!

Empujado por Jean, Víctor se encontró en la puerta antes de darse cuenta. Desde allí todavía chilló:

—¡No gozarás de mi dinero...!

Un último empujón del furioso Jean lo lanzó fuera. Le sintieron caer, rodar por el suelo y, finalmente, levantarse con pasos vacilantes. Aún les llegó su voz, cuando aulló desde fuera:

—¡Ni de Laura tampoco... imbécil...!

Después de esto, y en el silencio que siguió, se escucharon sus pasos al alejarse.

—Bien —refunfuñó Pierre—. Esta reunión está resultando todo un éxito...

Levantó burlonamente su copa y la vació.

—Creo que será mejor que nos vayamos —propuso Elena—. Volveremos a reunirnos cuando los ánimos estén más calmados.

Se despidió de todos y abandonó el estudio. Detrás de ella lo hizo Pierre.

Jean miró dubitativamente a Louis.

—¿Te vienes conmigo? —le preguntó, deseando sacarlo de allí.

—Sí... Vámonos. Esto apesta a traidor.

Se levantó. Durante unos instantes su mirada quedó fija en Laura. Murmuró entre dientes:

—No hemos terminado todavía, querida...

—Por favor, Louis... —balbució la muchacha, a punto de llorar.

Jean tiró del pintor. Este trató de sonreír y solamente consiguió una mueca. Con un esfuerzo masculló:

—Tenía una sorpresa para ti... He comprado el coche de que tanto habíamos hablado tiempo atrás... Un «Lancia» deportivo, y quería ofrecértelo, ¿comprendes? Conmigo podrías tenerlo todo...

—Ya basta, Louis —le urgió Jean, temeroso de que Charles perdiese el dominio sobre sí mismo.

—Sí, ya basta. Vámonos.

Los dos salieron. Laura se echó en brazos de Charles y sollozó allí el rostro oculto en su

hombro, mientras sentía las poderosas manos del escultor acariciarla como un mudo consuelo.

Al fin, se apartó lo suficiente para verle los ojos.

—Tengo miedo, Charles —balbució, con las lágrimas rodando por sus mejillas.

—¿Por ti?

—Y por ti también, querido... Louis está como loco.

—Se le pasará. Tendrá que darse cuenta de la inutilidad de sus arrebatos. Sin embargo, yo también tengo miedo, amor, pero no de él.

—¿Qué estás diciendo?

—Temo a Víctor.

Asombrada, Laura le miró escrutadoramente.

—¿Qué puede hacernos ese desgraciado?

—No es por nosotros por quien temo, cariño... En fin, dejémoslo.

La besó. Poco a poco, Laura se entregó al beso con toda el ansia de su amor y olvidó sus temores, la escena que había tenido lugar allí dentro... Lo olvidó todo para vivir solamente aquellos instantes de infinita locura que el beso despertaba en ella.

No muy lejos de allí, Víctor sentíase también impulsado por la locura del alcohol y del rencor que anidaba en su pecho. Había entrado en la primera taberna que halló a su paso y desde su entrada las copas se sucedían unas a otras ante el asombro del tabernero. Era la primera vez que veía a alguien beber de semejante manera, cual si tuviera prisa en caer redondo bajo la mesa.

Víctor, cuya borrachera anterior se había agudizado hasta un extremo lamentable, ingirió el resto de coñac que quedaba en la copa. Dudó entre repetir la dosis o largarse. Dominado por el rencor y sus deseos de venganza, con la mente sumergida en un marasmo de vapores alcohólicos, acabó por levantarse y abandonar la taberna con pasos bamboleantes.

Recorrió las calles con su andar inseguro. Una y otra vez se decía que era preciso hacer algo, vengarse de Louis... vengarse del que le había arrebatado la riqueza...

Cosa extraña; sin apenas advertirlo experimentaba cierto sentimiento amistoso hacia Charles y Laura. Ellos, al menos, le habían propinado un revés a su primo.

Dejó brotar una ronca carcajada de sus apretados labios. Los escasos viandantes que se cruzaban con él volvieron la cabeza, se encogieron de hombros y se perdieron en la oscuridad, indiferentes al beodo.

Tenía que vengarse. Este pensamiento martilleaba una y otra vez en su turbio cerebro.

Hasta que llegó al pequeño estudio que ocupaba. No era más que un desvencijado desván frío, y sucio. Allí, el borracho se dejó caer en la revuelta cama y cerró los ojos. La tormenta crecía dentro de él...

Se levantó como impulsado por una idea fija: Su venganza.

Tambaleándose, consiguió llegar hasta una cómoda adosada a un rincón. Abrió un cajón, en cuyo interior aparecieron, revueltos en confuso montón, innumerables papeles, trozos de revistas, calcetines y pañuelos sucios... y una pistola automática de gran calibre.

La mano vacilante de Víctor cayó sobre el arma, empuñándola. La sacó del cajón y la levantó hasta poder verla bien, cerca de sus velados ojos... pareció acariciarla. Sus dientes rechinaron y durante un instante le dominó la decisión. La firmeza de sus dedos alrededor de la culata se volvió tan violenta que los nudillos blanquearon...

Luego, muy despacio, su brazo bajó hasta volver a depositar la pistola dentro del cajón. De sus labios brotó una especie de gemido y cerró el cajón de un violento manotazo quitando así el arma de su vista.

Sus hombros se abatieron, como vencido por todo el peso del infierno. Volvió al lecho y

se derrumbó sobre él, sollozando a impulsos de la borrachera y del odio que le cegaba...
Entonces llamaron a la puerta.

CAPITULO IV

El «Lancia» de color rojo, brillaba como un gigantesco rubí a la puerta del hotel. Louis se detuvo un instante a contemplarlo mientras se calzaba los guantes de piel. Estaba orgulloso del lujoso coche y no perdía ocasión de restregarlo por las narices de sus amigos, antiguos compañeros de privaciones.

Pensó en ellos mientras se instalaba ante el volante y apretaba el arranque. ¿Qué estarían haciendo en París? Una mueca de contrariedad asomó a sus labios al pensar en Laura. Luego se dijo que, después de todo, las cosas había que tomarlas como venían. Ella había salido perdiendo con el cambio.

Por encima del hombro vio sobre el asiento trasero del coche la tela inmaculadamente blanca, el gran estuche convertible en caballete y todo cuanto necesitaba para pintar. La brumosa mañana normanda le ofrecía precisamente lo que deseaba, ya que su traslado a la costa obedecía precisamente a eso: pintar los brumosos acantilados de Normandía, extraer de ellos todos los profundos grises de sus nieblas, de sus brumas; toda la salvaje violencia de sus roquedales...

Apartó el coche de la acera y se alejó calle adelante a marcha lenta. Cuando estaba ya a media manzana de distancia, Pierre apareció en la puerta del hotel y miró apresurado a ambos lados. Al descubrir el rojo descapotable gritó:

—¡Eh, Louis, espérame...!

Pero el pintor no le oyó y desapareció de su vista en la primera esquina.

El recepcionista del hotel salió al oír su grito.

—¿Ocurre algo, señor? —quiso saber.

—No... ¡Maldita sea! Me he dormido, esto es lo que ocurre. Tenía que haber acompañado a mi amigo Louis en esa excursión, pero me he retrasado y... En fin, daré una vuelta por el pueblo.

Se alejó andando en dirección contraria a la tomada por el «Lancia».

En la carretera, Louis seguía dejando volar sus pensamientos, complaciéndose en imaginar su futuro, tan brillante como opulento. Al fin podía pintar cómo, cuándo y de la manera que quisiese.

Pisó el acelerador al dejar atrás Honfleur, al otro lado de la bahía de El Havre, en dirección a Deauville. El rojo bolido volaba sobre el asfalto de la carretera, que iba encaramándose bordeando el mar. La ligera bruma daba al paisaje cierto carácter irreal. Al pie del acantilado, el oleaje desgranaba su eterna sinfonía en ruidoso desafío a las escarpadas rocas.

El «Lancia» coronó la cresta e inició el brusco descenso. Louis abandonó momentáneamente sus alegres pensamientos para dedicar más atención a conducir. Aflojó la marcha, pero la pendiente era demasiado violenta y pisó el freno. No ocurrió nada. Sorprendido, apretó firmemente el pedal del freno otra vez y el raudo coche pareció aumentar la velocidad en lugar de disminuirla.

Por primera vez sintió miedo. Miró el cuentakilómetros; noventa. Se estremeció y

siguió hundiendo el pedal sin resultado alguno. Sus manos se engarfiaron al volante mientras la carretera iba terminándose ante él frente a la próxima y cerrada curva. No lo comprendía. Se encontraba como aturdido. Aquello no podía sucederle a él, con un coche que valía un dineral, garantizado por dos años...

Y ahí estaba a una velocidad creciente, precipitándose cuesta bajo. Perdió la serenidad. Pensó en reducir las marchas, meter una corta, pero temió que a la velocidad que llevaba no le entrase y entonces sería peor...

Frenético, con las manos como garras en torno al volante, el pie hundiendo el pedal del freno hasta abajo, miró desesperadamente al camión que surgía en aquel instante de la curva. Pensó que iba a estrellarse contra él, pero no fue así. Pasó por su lado y tuvo tiempo de ver la cara aterrorizada del camionero al ver lo que estaba a punto de venírsele encima. Oyó el chirrido de los frenos del camión, después llegó a la curva y su último pensamiento voló al encuentro de Dios.

El morro del «Lancia» embistió un malecón, llevándose por delante, y luego el coche voló más de diez metros fuera de la carretera y se precipitó al abismo.

Cuando el camionero saltó de su vehículo y corrió al borde de las rocas vio hundirse el rojo bolido entre un gigantesco surtidor de espuma. Luego, el mar se tragó la inesperada presa, la espuma se deshizo en el aire y todo quedó nuevamente en paz.

Excepto, quizá, el camionero, cuya palidez era semejante a la del papel.

—¡Santo Dios! —exclamó, horrorizado.

Corrió ciegamente hacia el lugar por dónde el coche se había despeñado. Tal vez el conductor había sido despedido fuera del coche... tal vez quedaba una esperanza para él...

Pronto se convenció de que no era así y regresó apresuradamente al camión, lo puso en marcha y salió disparado en dirección a Deauville para dar la noticia.

Una hora más tarde, un gendarme localizó a Pierre en la terraza de un café, le invitó a acompañarle y, minutos después, el Prefecto le informaba del trágico accidente.

Pierre quedó paralizado de espanto. ¡Louis muerto!...

Se quedó en Deauville el tiempo necesario para los trámites legales, asistió a las inútiles tentativas realizadas para sacar el coche o el cadáver, inútiles porque el auto se había hundido en un lugar extraordinariamente profundo, con extraños e insondables pozos formados por los siglos y una vez todo concluido, emprendió el regreso a París.

Cuando llegó allí, la noticia del accidente le había precedido. Sin embargo, tuvo que explicar una y otra vez lo ocurrido, ya que todos los que formaban el grupo de artistas querían saber detalles de primera mano.

—Lo he contado ya tantas veces... —refunfuñó aquella noche, en el estudio de Elena —, que creo que hasta sueño con lo sucedido. Y pensar que, de no haberme dormido aquella mañana, yo habría acompañado a Louis...

Jean, que fumaba apaciblemente su pipa, volvió la cabeza y comentó:

—No hay duda de que Víctor ha tenido razón... El pobre Louis no ha podido gozar de la herencia.

Los otros dos le miraron, como si no se les hubiese ocurrido semejante idea. Fue Elena quien habló:

—¿Crees que él no lo está celebrando? En cuanto supo la noticia pilló tal borrachera que todavía le dura... Empalma el día con la noche y la noche con el día... Jamás he visto a nadie beber como él.

Se abrió la puerta en aquel instante. Elena se levantó de un salto y se acercó a Laura, que era quien acababa de entrar acompañada por Charles.

—Laura, querida —exclamó Elena.

Las dos mujeres se besaron. Charles estrechó la mano de los demás y preguntó:

—¿Adivino de lo que estabais hablando?

—No te costaría ningún esfuerzo —repuso Jean. —Comentábamos la descomunal e interminable borrachera de Víctor.

—Acabará reventando —gruñó el escultor—. Nadie puede meter tanto alcohol en su cuerpo sin estallar.

—¿Sabes que la policía estuvo haciendo averiguaciones respecto a él?

La pregunta dejó a todos mudos de estupor. Jean, satisfecho del efecto que había causado, añadió:

—Querían saber si realmente estaba en París el día del accidente. Parece que no les gusta cómo sucedió...

—Pero Víctor estaba aquí... —afirmó Charles.

—Sí, estuvo de suerte al no salir de estos barrios en que todo el mundo lo conoce; de lo contrario se hubiera visto en dificultades. Pero el caso es que se embolsa la herencia como único pariente de Louis. No pudo imaginar nada semejante el tío que se la dejó.

Charles, que acababa de tomar la copa que Jean le ofrecía, se volvió hacia Pierre y comentó con indiferencia:

—Tú puedes decir que tuviste una suerte loca, amigo. De no haberte dormido...

—A estas horas serviría de alimento a los peces del Canal...

—¿Y ninguno de los dos había notado anteriormente ningún fallo en el coche?

—No. Precisamente la tarde anterior estuvimos recorriendo la costa. Fue entonces cuando Louis eligió aquel lugar para el cuadro que se proponía pintar, y el coche funcionaba perfectamente. Aunque, después de todo, nadie puede afirmar que algo fallara... Louis pudo sufrir un desvanecimiento, un síncope... Cualquiera sabe.

Charles sacudió la cabeza.

—He leído todos los artículos de la Prensa local. Según el chófer del camión que lo vio caer, Louis estaba consciente cuando pasó por su lado, aterrado y parecía hacer esfuerzos para detener el coche. Sin embargo, no frenó... en cuyo caso habrían, quedado huellas de neumáticos en la carretera.

—Sí, ya sé —corroboró Fierre—. Esta es la idea del Prefecto. Un fallo en los frenos...

Laura se irguió un poco y rozó la manga de Charles en muda súplica. El escultor se volvió a ella.

—¿Qué quieres, querida?

—Por favor... ¿No podéis hablar de otra cosa, Charles?

—Perdona.

Cambiaron de conversación, aunque entre ellos parecía flotar un hálito de tristeza por el drama que había terminado con su compañero. No obstante, y a pesar de que intervenía en la charla con su acostumbrada viveza, Charles daba la sensación de encontrarse incómodo, abstraído en pensamientos desagradables a juzgar por su expresión.

Sólo cuando Laura se dirigía a él, o le miraba, cambiaba de expresión y se esforzaba por aparecer alegre y despreocupado.

Entre Elena y Jean habían conseguido animar la reunión cuando se abrió la puerta violentamente y entró Víctor, que se detuvo tambaleante en el umbral.

—¡Salve, glorias del arte...! —gritó, haciendo un burlón saludo.

Nadie le respondió, estupefactos ante la descomunal borrachera que llevaba Víctor. Pocas veces le habían visto en tal estado. Sin embargo, y como muchos alcohólicos habituales, resistía su estado de manera sorprendente.

—¿Nadie me felicita? —continuó el borracho—. Tenéis que saber, lumbreras, que esta mañana he entrado en posesión de la herencia de mi querido primo...

Hipó, embarullado por el largo párrafo. Su lengua no era tan segura como parecía. Entró

tambaleante y fue a sentarse en una silla, que crujió al recibir su peso de golpe.

—¿No hay una copa para mí?

Elena le sirvió en silencio. Nadie parecía contento con su presencia.

—Gracias, encanto...

Bebió todo el contenido de la copa sin respirar y la presentó para que volviera a llenársela. Después añadió:

—Voy a instalarme con todo confort... y entonces invitaré a mis viejos amigos. Nada es bastante bueno para mis amigos... Tendréis lo mejor, y aprenderéis a vivir.

—¿No crees que ya has bebido bastante?

Víctor enfocó su mirada hacia Jean.

—¿No me tienes simpatía, Jean? —barbotó—. Estoy diciendo que os invitaré... celebraremos grandes fiestas... nos divertiremos en grande... Tengo dinero, ¿sabes? Mucho dinero...

Charles, que mordía la boquilla de la pipa como si tuviera algo personal contra ella, masculló:

—Dinero ensangrentado.

Su mirada tropezó con la de Víctor. Durante un instante se miraron fijamente. Luego, el borracho bajó los ojos y soltó una carcajada.

—No te pongas meló... melodramático, Charles... Nada de sangre... el dinero siempre es dinero, siempre es limpio. Con él puede comprarse todo.

—Casi todo —le rectificó el escultor—. Estás celebrando con una continua borrachera la muerte de Louis... Me das asco, Víctor.

—Bah, ¿qué le importa ya a Louis? El mundo es de los vivos. A los muertos hay que dejarlos en paz... Paz a los muertos —repitió, interrumpiéndose para beber.

—Sí —gruñó Charles entre dientes—. Paz a los muertos... y que ellos dejen también en paz a los vivos, ¿no es eso, Víctor?

El borracho se estremeció. La copa se deslizó de sus dedos y se hizo añicos contra el suelo. Levantó la cabeza.

—No sé qué quieres decir. Ellos nos dejan en paz... No pueden hacer otra cosa...

Se levantó. Charles se encogió de hombros y se apartó de él. Tras unos pasos vacilantes, Víctor se apoyó en la silla y repitió:

—No pueden hacer otra cosa... afortunadamente para los vivos... Si no fuera así, querido Charles, a ti no te dejaría tranquilo tampoco... ni a Laura... ¿Olvidas que se la quitaste?

—Todos le hemos quitado algo —dijo Pierre con mal humor—. Charles se quedó con Laura... tú con su dinero y nosotros con su recuerdo.

La carcajada de Víctor resultó chillona y estridente. Tomó el camino de la puerta mascullando entre dientes:

—¿Te vuelves sentimental ahora, Pierre? Tú, un sentimental... —se detuvo junto a la puerta y cesó de reír. Su lengua apenas le obedecía, pero aun así añadió—: No me gustáis... No os invitaré... Fósiles...

Y salió.

Los demás se miraron en silencio. Laura murmuró:

—Me da pena... Está destrozando su vida.

—Al diablo —estalló Jean—. Es un granuja, un pequeño bastardo capaz de enfurecer a un santo.

Charles no dijo una palabra. Su mirada seguía clavada en el hueco de la puerta que el borracho había dejado abierta.

CAPITULO V

El inspector Chaubert acomodó su voluminoso cuerpo en el sillón, detrás de la mesa y suspiró. Realmente, estaba resultando una buena noche. Ni robos, ni crímenes ni disturbios. El distrito parecía una balsa de aceite.

Golpeó la pipa contra el canto de la mesa de manera que la ceniza cayera dentro de la panelera. Después procedió a llenarla de nuevo y chupó un par de veces antes de encenderla, para asegurarse de que tiraba como era debido.

Sus muchos años de servicio le habían enseñado a no confiar en la paz de una noche de otoño. Sin embargo, a medida que se hacía viejo, lo único que anhelaba era tranquilidad. Teniendo en cuenta el tiempo que le faltaba para el retiro, era cuanto podía pedir.

Aplicó la cerilla a la pipa, saboreó el humo y lo expulsó despacio, tal vez recordando los agitados años de su juventud.

Sí; estaba resultando una buena noche... hasta aquel momento.

Alguien llamó a la puerta con los nudillos y el inspector soltó un gruñido.

El que asomó la cabeza fue Lasnier, uno de sus agentes, joven y batallador, inteligente.

—¿Sí, Lasnier? —suspiró el inspector.

—Hay aquí un borracho...

—Bueno, ¿y qué? —refunfuñó. ¿Desde cuándo necesitaban su cooperación para meter en cintura a un beodo? Pero viendo que Lasnier seguía allí añadió—: ¿Dónde lo han encontrado?

—En ninguna parte, señor.

Chaubert lanzó un bufido.

—¿Es que se trata de un borracho con dos cabezas o algo así? ¿No pueden sujetarle entre todos ustedes?

El agente esbozó una sonrisa de disculpa. Se le vela poco seguro de lo que quería decir.

Sin embargo, habló:

—Ha venido él voluntariamente, inspector. Quiere presentar una denuncia.

El genio de Chaubert comenzó a agriarse.

—¿Desde cuándo me necesitan a mí para tomarla? Seguramente se trata de una estupidez. ¿No ha batallado nunca con un borracho, Lasnier?

Este hizo un gesto de disculpa por su insistencia y replicó:

—Este es un caso especial, inspector. El hombre está aterrorizado; además, insiste en hablar con el «jefe».

Chaubert expulsó una bocanada de humo. El agente comprendió por ese simple hecho que el humor del inspector estaba llegando al punto de ebullición. El humo salió como expulsado de una caldera a presión.

Sin embargo, Chaubert llegó a la conclusión de que, no habiendo otro trabajo, bien podía perder unos minutos conteniendo con un amante de Baco.

—Tráigalo —concedió, magnánimo.

Lasnier no pudo ocultar un suspiro de alivio y salió del despacho mucho más aprisa que había entrado.

Cuando volvió a aparecer lo hizo andando detrás del beodo. Los ojos del inspector se clavaron en el desconocido, casi acusadores. Él sabía cómo tratar a esta clase de sujetos.

No obstante cuando lo tuvo más cerca, achicó los ojos con un chispazo de interés. No era corriente ver a tipos tan aterrorizados como aquel.

—Síntese —dijo sin apartar su mirada del visitante.

Hizo un gesto a Lasnier, indicándole que se quedara allí. Luego miró al hombre que se había derrumbado sobre la dura silla. Era joven, pensó, y hasta cierto punto atractivo. Mas se dijo que no acababa de gustarle.

—¿Su nombre? —indagó con acento profesional.

El borracho hipó. No encontró voz suficiente para hablar a pesar de sus esfuerzos para hacerlo.

Chaubert repitió, impaciente:

—¿Cómo se llama usted?

El hombre carraspeó violentamente y respondió con voz estrepitosa:

—Víctor... Víctor Bencher...

Tomó nota. Endureció un poca la voz para la siguiente pregunta:

—¿Dónde vive?

Tuvo que obligar a Víctor a repetir la respuesta para poder entenderle. La anotó también.

—¿Profesión?

Aquí tuvo que esperar un poco. Su impaciencia fue en aumento.

—Pintor... Pero tengo dinero, mucho... mucho dinero...

El inspector hizo un esfuerzo para recordar si alguna vez había oído el nombre de Bencher asociado a algún pintor de fama. Desistió del intento.

—Bien; me han dicho que desea presentar una denuncia. ¿De qué se trata?

Nueva vacilación. Los ojos desorbitados del beodo giraron de un lado a otro, como si esperase ver aparecer un fantasma en cualquier rincón.

—¿Y bien? —le apremió.

—Sí... sí, inspector. Soy víctima de... de una persecución...

—¿De persecución? ¿Quién le persigue?

Víctor se echó hacia atrás en la silla. Sus dientes castañetearon y algo semejante a un apagado sollozo brotó de sus temblorosos labios. Luego susurró:

—Mí primo...

—Bueno, no comprendo a dónde quiere llegar con todo esto. ¿Qué es lo que desea usted concretamente? ¿Denunciar a su primo?

—No... no...

Otro extraño sollozo. Detrás del borracho, Lasnier miró disimuladamente a su jefe preguntándose cuánto tiempo tardaría en estallar como una granada.

—Pero usted ha venido aquí con esa intención —gruñó Chaubert.

—Sí... Él me persigue... le he visto esta noche, en la calle...

El inspector comprendió que así no iban a ninguna parte. Golpeó violentamente la pipa contra el borde de la mesa, contempló un instante la catarata de ceniza que se despeñó hacia la papelería y después se enfrentó con el beodo.

—Creo que estamos perdiendo el tiempo. Usted está demasiado borracho para hablar con sentido común, de manera que váyase a casa, tome una ducha y algunos cafés y se sentirá mejor. Nada, podemos hacer por usted.

—¡No! —casi chilló Víctor, levantándose vivamente a pesar de su estado—. No quiero salir de aquí... ¿No quiere comprenderlo? Louis me persigue... Le he visto...

—¡Condenación! ¿Qué hay con que lo haya visto? ¿Es eso indicio de ninguna persecución?

—Usted no comprende —sollozó Víctor, con infinita desesperación.

Chaubert levantó la cabeza y miró acusadoramente a Lasnier.

—Lléveselo de aquí —ordenó.

Lasnier dio un paso. El borracho se precipitó hacia la mesa del inspector y gritó con voz quebrada:

—¡No! El... mi primo está muerto... ¿comprende? ¡Muerto!

Lasnier dejó caer su pesada mano sobre el brazo del beodo, dispuesto a llevárselo. Chaubert hizo una seña deteniéndole.

—¿Muerto? —repitió el inspector—. ¿Se refiere al hombre que le persigue?

—Sí... Louis, mi primo. Está muerto.

—¿Dónde está? ¿Cómo ha muerto?

Víctor sacudió la cabeza, más desesperado que nunca.

—Murió hace... hace... tres meses, en Normandía... Un accidente de coche...

Chaubert parpadeó. Estuvo a punto de mandar al borracho al infierno. Pero algo le detuvo, tal vez cierta compasión por el estado de aquel hombre.

—Vamos a ver si ponemos esto en claro antes que me vuelva loco —refunfuñó, mordiendo la pipa furiosamente y hablando con ella en la boca—. Usted quiere decirme que su primo, ese Louis, murió hace tres meses en un accidente de automóvil. Y que, a pesar de eso ahora le persigue. ¿Es eso?

—Sí, sí, señor. Así es. Lo he visto cara a cara...

Chaubert casi se levantó al inclinarse sobre la mesa, echando por la borda la compasión, la amabilidad y todo cuanto no fuera su indignación.

—¿Por qué demonios bebe usted si ha de ver fantasmas en cualquier esquina? —estalló—. Lárguese de aquí antes que me enfade y le mande encerrar hasta que se le pase ese «tablón» que lleva. Vamos, fuera.

Lasnier agarró firmemente a Víctor y tiró de él, que se resistió lo que pudo para no salir del despacho. Antes de llegar a la puerta gritó:

—¡Era él, Louis! ¿Por qué no me creen? Me matará... Quiere su herencia. ¡Por favor, no me saquen de aquí!

La puerta se cerró violentamente. Chaubert siguió oyendo los gritos unos instantes. Luego volvió a reinar el silencio.

Fuera, los agentes de guardia contemplaron el forcejeo del enloquecido borracho. Se rieron al verle salir en volandas, conducido por dos gendarmes rumbo al gabinete médico de urgencia. Parecía que le estaba dando un ataque de «delirium tremens».

El médico de guardia resopló al ver el regalo que le traían, pero puso manos a la obra y media hora después Víctor Bencher, pálido como un muerto, salía a la calle sin rastro de la borrachera, pero con pasos tan inseguros como si todavía estuviera bajo los efectos del alcohol.

Temeroso, se detuvo en la próxima esquina. Con ojos desorbitados por el miedo escrutó las tinieblas de la mal alumbrada calle en busca de la sombra amenazadora. Pero todo estaba aparentemente tranquilo y desierto.

Intentó razonar consigo mismo. Ahora ya no estaba borracho. Podía pensar con claridad, darse cuenta de que los muertos, muertos están. Sí, aquel gordo inspector tenía razón... todo era efecto del alcohol. Tendría que dejar de beber o se volvería loco. Fantasmas ¡Al diablo!

Echó a andar con pasos que querían ser resueltos... La luz de un farol le infundió ánimos y sus pies repicaron rítmicamente sobre las baldosas. Pero toda su decisión se esfumó cuando dejó atrás el farol y contempló su propia sombra que iba alargándose delante de él cual un mudo compañero envuelto en un sudario...

Apresuró el paso. Miró a su alrededor... ¿Era posible que viera fantasmas? No; no

podía ser... recordaba perfectamente cómo había visto a Louis... Y cómo el aparecido se había alejado apresuradamente al oír su grito de terror. Y era Louis, estaba seguro. ¿O no era él? ¿Tal vez una jugarreta de su turbio cerebro?

No lograba tranquilizarse. Por primera vez en su vida temía las sombras que le envolvían, temía a la noche, él, que casi siempre había andado de noche por todas las callejas de París...

Buscó las calles más iluminadas en su vacilante andar en busca del refugio que le ofrecía su estudio. Ahora lamentaba no haberse mudado todavía... ¿Por qué diablos no lo había hecho? Aquel frío estudio, siempre desierto y vacío de todo calor humano... ¿Podría encontrarlo también allí?

No; no había nada que temer. Delirios de borracho. El fofu polizonte tenía razón. Quiso reírse de sus temores y se asustó del gemido que brotó de sus labios. Era inútil, tenía miedo, miedo de un fantasma...

Subió los escalones del estudio a trompicones, deseando encerrarse en él y no pensar en nada. Vaciar el cerebro de ideas y temores, de remordimientos y reproches...

Solo.

Hallarse solo.

Abrió la chirriante puerta. El negro interior le produjo una corriente de hielo que culebreó espalda arriba, y tanteó la pared con mano temblorosa, experimentando la sensación de una presencia extraña, el hálito de algo desconocido, intruso...

Al fin encontró el interruptor. La amarillenta luz barrió las sombras. Cerró la puerta y cayó de espaldas contra ella y cerró los ojos y las fuerzas le abandonaron.

El estudio estaba vacío. No había nadie... Ni extraños ni conocidos.

Se irguió, rechinando los dientes de rabia contra sí mismo.

—Fantasma o no... ya le daré yo...

Se dirigió a la cómoda—. A partir de este momento tendría siempre la pistola a mano... no se encontraría solo y desamparado...

Abrió el cajón con un tirón brusco. Frenéticamente, sus manos revolvieron el contenido en busca de la automática.

No la encontró.

La pistola había desaparecido.

Víctor miró un instante el revuelto cajón. Después sintió que sus piernas se volvían muy blandas... y se desplomó sin sentido.

CAPITULO VI

—Está volviéndose loco —sentenció Jean con voz tonante.

—¿No podríamos hacer algo por él? —sugirió Laura.

Todos la miraron. Charles, sentado a su lado. Elena desde el otro extremo de la mesa. Y Jean, en cuya burlona mirada asomó cierto reproche.

—¿Hacer qué? —gruñó—. Víctor se dedica a hundirse cada vez más. Ni siquiera nos escucharía.

Elena murmuró:

—¿Qué opinas tú, Charles? De todos nosotros, tú eres quien hace más tiempo que le conoce.

Charles carraspeó, quitándose la pipa de entre los dientes. Dijo:

—Creo que Víctor se encuentra solo. No quiero decir solo en el aspecto físico, por ese lado ya se ocupa de tener siempre compañía femenina. A lo que me refiero es al aspecto fraterno... humano de su soledad. Se ha apartado de nosotros, no tiene un solo amigo de verdad... y creo que lo necesita más que nadie. Víctor está asustado.

—¿Asustado? —exclamó Laura—. ¿De qué?

Charles se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero las dos únicas veces que le he visto después de cobrar la herencia me lo ha parecido.

Jean parecía darle vueltas a alguna idea, algo desagradable a juzgar por su expresión. Cuando se decidió a hablar sorprendió a todos con el cambio de tema.

Porque preguntó:

—Y de Pierre, ¿quién sabe algo?

Nadie respondió. El sacudió la cabeza y se señaló a sí mismo con satisfacción:

—Yo sí creo saber de él... También a Pierre le ocurre algo desagradable. Ha ido apartándose de nosotros paulatinamente después de la muerte de Louis. ¿Por qué?

—Regístrate —refunfuñó Charles.

—¿Crees que le disgusta nuestra compañía? —intervino Laura.

—Eso parece. Opino que hay algo en él que no marcha...

El comentario no obtuvo respuesta inmediata, pero Charles agudizó la mirada y se enderezó en su asiento. Por un instante, dejó de percibir el rumoreo de las conversaciones de los demás ocupantes del pequeño café.

—Se me ocurre una idea —murmuró, pensativo. —Deberíamos ir en busca de Pierre y preguntarle abiertamente por qué nos rehúye.

—Al diablo. Si no quiere nada con nosotros no voy a echarme a llorar —el vozarrón de Jean retumbó violentamente, ganándose un reproche de Elena por llamar la atención.

Pero Charles añadió:

—El cambio en Pierre empezó a su vuelta de Normandía... Me pregunto si habrá algo sobre la muerte de Louis que no nos haya contado.

Por primera vez en la noche, Jean guardó silencio. Después, cuando se decidió a hablar nuevamente, su voz resultó inesperadamente suave.

—¿Crees que hay algo extraño en la muerte de Louis?

—¿Cómo pue saberlo? No es más que una idea inspirada por el cambio operado en

Pierre, en ese alejarse de nosotros, en rehuirnos...

Jean hizo una mueca.

—Creo que tienes razón. No perdemos nada con preguntarle la razón de ese alejamiento del grupo.

Laura comentó con amargura:

—Poco a poco nos vamos distanciando... Primero Louis... Luego Pierre, y también Víctor ha desaparecido.

—A Víctor podemos encontrarlo cuando se nos antoje. No hay más que recorrer las tabernas y los cabarets de los alrededores. En alguno estará, llenando de dinero a la primera buscona que se le acerque.

Charles llamó al camarero y abonó las consumiciones.

Cuando se encontraron en la acera se separaron. Las dos muchachas tomaron rumbo a sus domicilios, mientras los dos escultores se lanzaban a la búsqueda del pintor.

Sin embargo, y a pesar de sus esfuerzos, no pudieron dar con él. A altas horas de la madrugada se despidieron. Los dos amigos no ocultaban ya su decisión de aclarar aquel asunto.

Charles dijo como despedida:

—Mañana seguiremos buscándolo. Cuanto más pienso en ello más ilógico me parece...

—Mira quién viene —exclamó Jean.

Charles volvió la cabeza. Víctor avanzaba por la acera, más ebrio que nunca si es que eso era posible. Se apoyaba pesadamente en una mujer de formas opulentas, pintarrajeada y de mirada astuta.

Los dos amigos contemplaron al borracho, que cruzó por delante de ellos sin verlos, ensimismado en lúgubres pensamientos que en vano trataba de alegrar su compañera.

—Una piltrafa —fue todo lo que gruñó Jean, siguiendo a la pareja con la mirada.

—Olvidalo. Ya es bastante mayor para saber lo que hace.

Cada uno de ellos emprendió el camino hacia su casa. Habían perdido la noche para nada, aunque, después de todo, al día siguiente podrían encontrar a Pierre en su estudio... si es que seguía en la ciudad.

Charles lo dudaba. No comprendía realmente qué le había sucedido a Pierre, pero estaba seguro que existía una poderosa razón para su extraña conducta. Al día siguiente lo aclararían.

Pero tampoco obtuvieron éxito. Pierre parecía haberse esfumado.

Estaban bebiendo los dos solos, apoyados en el mostrador de una taberna, cuando Jean comento, abstraído:

—Yo creo que sabe de nuestra búsqueda y nos rehúye. Incluso es posible que se encuentre en su estudio y no haya querido responder cuando he llamado...

—¿Qué te hace suponer eso?

—No lo sé; tal vez su misteriosa desaparición, precisamente cuando todos andamos buscándolo.

—¿Cuánto tiempo hace que has estado en su estudio?

—No más de dos horas. He llamado sin obtener respuesta, de manera que lo he dejado correr.

—Tal vez haya regresado allí entre tanto...

—Podemos llegarnos para comprobarlo.

Así lo hicieron. Durante el camino, Jean preguntó:

—En definitiva, Charles, ¿qué es lo que te inquieta de Pierre?

—No es que me inquiete precisamente. Es un sentido extraño. Nunca se había separado de nosotros, y a pesar de que tiene un carácter raro, y es avaricioso y todo lo demás, sé que

se encontraba a gusto en nuestra compañía. Sea lo que sea lo que le aparta de nosotros, tiene que ser algo poderoso... y relacionado con la muerte de Louis, ya que es desde entonces que ha sufrido ese cambio.

—¿Imaginas acaso que tiene algo que ver con su muerte?

Charles se encogió de hombros.

—Es indudable que algo ocurrió que nosotros no sabemos. Estoy seguro.

La mirada de Jean centelleó en la oscuridad. Intentó ver las facciones de su amigo, pero la oscuridad del callejón era demasiado densa para lograrlo. Se limitó a gruñir algo incomprensible.

El portal estaba abierto y el interior negro como boca de lobo.

—¿Tienes cerillas? —preguntó Jean—. Si utilizo otra vez mi encendedor voy a quedarme sin gas...

Charles rascó un fósforo y empezaron a subir las empinadas escaleras hasta desembocar en la azotea. Desde la terraza podía contemplarse una maravillosa panorámica de París, rutilante, con sus millones de luces parpadeantes extendiéndose hasta el infinito.

Pero ninguno de ellos estaba para contemplaciones. El estudio de Pierre había sido construido ocupando la mitad de la azotea. Comprobaron que la puerta estaba cerrada y el interior a oscuras. Sus golpes en la madera no obtuvieron éxito tampoco. Charles se impacientó.

—Si supiera que está dentro y no quiere recibirnos sería capaz de echar la puerta abajo.

—¿Cómo quieres que esté aquí a oscuras? No podía saber que subíamos.

—Bueno, vámonos. Ya le echaremos la vista encima en otra ocasión.

Pero en todo el día siguiente no se presentó la oportunidad de echar la vista encima al pintor.

A primeras horas de la noche, Charles se encontró con Jean en la taberna de costumbre. Los dos habían dado sendas excusas a las muchachas para que pudieran salir solos, de manera que Jean demostró desde el principio su decisión de acabar aquella noche.

—Tanto si lo encontramos como si no —dijo de mal talante—. Ya me he cansado de esta especie de juego al escondite. Por mí puede irse al infierno y quedarse en él discutiendo con el diablo. Estoy harto.

—¿No será que ha abandonado el estudio? Tal vez se haya marchado de la ciudad.

—No puedo suponer qué es lo que ha hecho, pero cuanto más pienso en su actitud más seguro estoy de que tú tenías razón. Pierre oculta alto, algún secreto con respecto a la muerte de Louis.

Recorrieron una vez más el camino hasta el estudio de su compañero, y una vez allí el fracaso coronó sus esfuerzos. Pierre no estaba en casa.

—¡Maldito sea! —refunfuñó Jean—. Estoy tentado de abrir la puerta para ver si se ha llevado sus cosas...

—Podemos hacerlo. Nadie va a pedirnos cuentas, creo yo...

—¿Por qué no tendrá la misma costumbre que nosotros? Nunca cerramos la puerta.

—Él tampoco la cerraba antes de todo esto. Yo había estado alguna vez aquí en su ausencia y había encontrado la puerta abierta.

—¿Lo intentamos?

—Por mí...

Probaron todas sus llaves en la cerradura, pero a pesar de que era de un modelo antiguo, de llave grande, no pudieron abrirla. Jean, impaciente, rebuscó en sus bolsillos hasta encontrar una lima de uñas.

—Voy a probar con esto...

Estuvo forcejeando más de cinco minutos. Ya estaba tentado de dejarlo cuando la

cerradura cedió. El seco chasquido les dejó inmóviles.

—Que me cuelguen —gruñó el escultor—. Con una lima...

El interior del estudio estaba completamente a oscuras, pero Charles sabía dónde se hallaba el interruptor de la luz, de manera que le dio vuelta sin vacilar. Una bombilla de poca potencia se encendió iluminando precariamente la estancia.

Charles dijo:

—Hay una luz más potente al fondo. La encenderé y...

—¡Charles!

El grito de Jean tenía algo de histeria. Charles miró a su compañero y lo vio pálido como un muerto y con la vista clavada en algún punto situado al fondo del estudio.

Giró su mirada hacia allí. Dio un respingo y estuvo a punto de gritar también.

El corpachón de Pierre estaba tendido en el suelo, entre dos sillas y al pie de un gran caballete de taller. Una enorme mancha negruzca rodeaba el cadáver y salpicaduras del mismo color aparecían en la pared, en el caballete e incluso en la tela esbozada que había en él.

—¡Santo cielo! —balbució Charles, avanzando hacia el cuerpo.

Jean le siguió sin pronunciar palabra. Los dos permanecieron unos instantes al lado de la yacente figura. El desagradable olor que despedía no era como para estar mucho rato mirándolo.

—Lleva varios días muerto —opinó Charles.

—Seguro. La sangre está completamente seca. Además, huele a infiernos.

El cadáver estaba de cara al suelo, pero no había duda de que era Pierre. Sus anchas espaldas, la ropa que tantas veces le habían visto y el enmarañado cabello no dejaban lugar a dudas.

Charles se inclinó, no obstante, y con cuidado le levantó un poco la cabeza. Instantáneamente deseó no haberlo hecho. Lo que vio le revolvió el estómago y las náuseas se apoderaron de él, obligándole a apartarse de allí a toda prisa.

—¿Qué te pasa? —quiso saber Jean, sujetándole por el brazo.

—Está destrozado... Han hecho una salvajada con él... la cara y el pecho destrozados...

—Vamos, salgamos de aquí. Esto es asunto para la policía.

Abandonaron el estudio. Jean, más sereno que Charles porque no había visto el horroroso espectáculo, se entretuvo en limpiar lo que habían tocado con las manos. Después cerró la puerta sin preocuparse de la cerradura y bajaron las escaleras como si les persiguieran todos los diablos del infierno.

—¿Crees que debemos presentarnos a la policía? —preguntó Jean, cuando estuvieron en la calle.

—No. Llamamos por teléfono sin darnos a conocer. No quiero líos, y por otra parte necesito tiempo para pensar. Es muy extraño todo esto. ¿No crees?

—Es algo más que extraño. Parece como si Louis hubiera lanzado una maldición sobre nosotros.

Charles no respondió, y siguieron andando en silencio hasta encontrar un teléfono público.

CAPITULO VII

Pareció asombrarles estar de nuevo en la calle. Se miraron unos a otros cual si se vieran por primera vez. Estaban solos... todos los que quedaban del grupo: Charles, en cuyo brazo se apoyaba Laura. Elena, que buscaba el apoyo de Jean, más taciturno que de costumbre. Y, junto a ellos, como un extraño entre otros extraños, Víctor.

A su espalda, la entrada del edificio policíaco en la inmensa mole del Palacio de Justicia. Sin pronunciar palabra, echaron a andar todos juntos como si todavía sintieran sobre sí la atención de los policías que habían estado interrogándoles durante tres interminables horas.

Sólo al llegar a la Porte Dauphine parecieron salir de aquella especie de estupor. Víctor reaccionó primero. Dijo con voz ronca:

—¿Vamos a tomar unas copas? Os invito...

Ninguno aceptó. Los ojos enrojecidos del alcohólico parpadearon. Su voz se enronqueció un poco más cuando masculló:

—Si no queréis aceptar mi invitación...

Se encogió de hombros y echó a andar apartándose de ellos, en dirección al lejano Puente Nuevo. Pero Laura reaccionó y, dejando a Charles, exclamó al mismo tiempo que daba unos pasos:

—¡Víctor!

Este se detuvo. Laura murmuró:

—Yo sí acepto...

Miró a los demás. Todos asintieron entonces y, juntos, atravesaron el Puente Nuevo y buscaron un bar donde beber.

Pero ni las copas pudieron prestar algo de animación, a pesar de los esfuerzos de Laura, que trataba de llevar a buen puerto una conversación condenada al naufragio desde el principio.

Finalmente, Víctor se despidió. Habla tragado él solo tanto coñac como todos los otros juntos. Al estrechar la mano de Laura murmuró:

—Gracias... Lamento haberte ofendido alguna vez.

Abandonó el bar con su paso un tanto vacilante.

El sol poniente alargaba las sombras y ponía tintes rojizos en el despejado cielo. Las calles de Saint Germain bullían de animación, pero el solitario Víctor no prestaba atención a nada que no fuese su revuelta mente.

Confusamente, casi contra su voluntad, estaba diciéndose que de poco le servía el dinero que atesoraba... Beber, beber y beber... Pero solo. O en compañía de desconocidos que nada le importaban. Por primera vez en su vida comprendía lo que había significado para él la compañía del grupo de amigos que había frecuentado hasta hacía unos meses. Entonces tenía algo semejante a una familia, no estaba solo...

Vio una taberna que hacía esquina con una calleja y entró. Permaneció allí más de dos horas, bebiendo y pensando en multitud de temas desagradables...

Cuando salió comenzaba a anochecer. Siguió deambulando por las estrechas calles.

¿De qué le servía el dinero? Quienes más se beneficiaban de él era el puñado de mujerzuelas que contribuían a que las noches no fueran tan largas y solitarias... Y a que el miedo a las espeluznantes alucinaciones fuese menos intenso...

Louis...

Al diablo.

A las once de la noche había recorrido todo el barrio, había bebido tanto que ya no sabía siquiera cuándo había empezado... y se encontraba más amargado que nunca.

Se dijo que tenía que comer algo, pero el estómago protestó ante la sola idea de la comida, de manera que buscó la entrada de la cueva que frecuentaba casi todas las noches y allí pareció animarse un poco gracias a las mujeres, las cuales, conocedoras del filón que el borracho representaba, se encargaron de que las horas pasaran rápidas y alegres.

Cuando salió a la calle el reloj había rebasado las dos de la madrugada. Dos mujeres se colgaban de sus brazos y los tres andaban con pasos inseguros acera adelante. Un gendarme de ronda movió la cabeza de un lado a otro pensando en el sablazo que recibiría la cartera del alegre noctámbulo, y siguió su vigilancia.

—¿Alguien sabe a dónde vamos? —tartajeo Víctor.

—¿No lo sabes tú, encanto?

—¿Yo? No sé nada de nada... el único tipo listo de la familia era Louis... el muerto...

Ese recuerdo apagó un instante su alegría, pero luego reanudó sus roncos cantos, sus exclamaciones...

Entraron en una calleja que desembocaba en otra más alumbrada. En dirección contraria vieron acercarse a un hombre alto cuya negra silueta se recortaba contra las tenues luces del fondo.

Víctor se puso terso. A decir verdad, se estremecía siempre que un hombre avanzaba hacia él en la oscuridad y no podía verle el rostro.

El desconocido llegó a su altura y se detuvo. Mostró un cigarrillo apagado en su mano.

—¿Tienen lumbre? —pidió.

Tenía una voz profunda y cálida, agradable, pero extraña al mismo tiempo.

Víctor era incapaz de recordar en qué bolsillo tenía las cerillas, de manera que fue la muchacha de su derecha la que sacó un encendedor del bolso y ofreció lumbre al desconocido.

La débil llamita vaciló al acercarse al rostro del hombre. De pronto alumbró espectralmente aquella cara, en el instante que se inclinaba para acercar el cigarrillo a la llama, y Víctor lo vio. Abrió la boca y se desorbitaron sus ojos. Boqueó como un pez fuera del agua, y un ronco y apagado grito brotó de su contraída garganta mientras los ojos le giraban en las órbitas. Antes que las muchachas pudieran advertir lo que le sucedía, el borracho se desplomó, inerte.

La chica que sostenía el encendedor lo apagó, para poder inclinarse sobre el caído.

—¿Qué le pasa a éste? —gruñó con disgusto.

—Un desmayo —opinó el hombre, inclinándose también un instante.

—Pues es todo un plan —se quejó la otra—. ¿Qué hacemos ahora?

Las dos mujeres se miraron, preocupadas. El hombre dijo:

—Bueno, no quiero líos, ¿comprenden?

Y se alejó con paso rápido.

—¡Eh, usted! —le increpó una—. ¡Habrase visto el fulano! Dejarnos en la calle con «esto»...

Pero el desconocido ya era solamente una mancha más oscura que la oscuridad de la calleja.

—¿Nos largamos, chica? —propuso una de ellas.

—¿Dejándole aquí?

—¿Por qué no? Si no sabe beber que aprenda. Después de todo, no podemos vaciarle la cartera... Nos conoce de cada noche y podría traernos líos con la «poli». Vámonos...

Echaron a andar dejando al inerte Víctor tirado como un fardo.

Antes de alejarse del todo, la que había propuesto largarse comentó:

—Me pregunto por qué habrá gritado de aquella manera.

—¿Le habrá dado un ataque de algo, tú?

Víctor permaneció allí casi media hora. Al cabo de este tiempo empezó a recobrar el conocimiento, aunque al principio no recordó nada. Lo único que le preocupó un poco fue el encontrarse con la basura del callejón rozando sus narices.

Se removió y consiguió arrastrarse hasta encontrar el apoyo de la pared. Se enderezó despacio, aturdido y vacilante, hasta que quedó en pie con la espalda apoyada contra el muro.

—¿Qué demonios...? —balbució.

Entonces recordó lo sucedido y todo el terror del mundo entró en su sangre. Empezó a temblar y sollozar, mientras sus extraviados ojos escrutaban las negras sombras en busca de aquel hombre que había pedido lumbre.

Naturalmente, no vio ni rastro de él. Comenzó a murmurar palabras ininteligibles, como le sucedía siempre. Luego se decidió a andar apoyándose en la pared, buscando la luz que veía al final del callejón.

Gimoteaba igual que un niño asustado, gruñía maldiciones de vez en cuando y, entre todo ello, maldecía a su primo, al mundo entero... y a él en particular.

Fue una huida escalofriante. Una huida del terror que solo él veía... un horror que significaba mucho más que una amenaza. Cayó varias veces y volvió a levantarse como espolado por el mismo miedo, y cuando al fin consiguió serenarse lo suficiente para ver dónde se encontraba, necesitó un tremendo esfuerzo de concentración para comprenderlo. Entonces dio unos rodeos, buscó la calle donde estaba la comisaría y entró en ella con la misma ansia con que un naufrago se agarra a la tabla salvadora.

Casi cayó en los brazos del gendarme de guardia.

—¡Por favor... el inspector...! —el balbuceo apenas se comprendía.

—Pues viene bueno —rezongó el gendarme—. ¿Qué demonios quiere usted?

—El inspector... Por favor...

—El inspector? ¿Qué inspector?

—No lo sé... el que estaba aquí...

El gendarme se rascó la cabeza, dudando entre echar a la calle aquel estorbo o llamar a alguien para que se hiciera cargo de él. Al fin pensó que no era frecuente que los borrachos vinieran preguntando por el jefe y, acercándose a una puerta, la abrió y llamó a alguien.

Otro gendarme asomó la cabeza. El primero informó:

—Busca a alguien que atienda a ese... o vomitará sobre mi mesa.

—Yo conozco a ese tipo —dijo el segundo—. Ya vino una vez... Espera.

Entró, solo para volver a aparecer medio minuto después acompañado de Lasnier. El gendarme le preguntó al agente de paisano:

—¿Verdad que es el mismo?

—Sí.

Lasnier se acercó a Víctor con muy mala cara.

—¿Qué le pasa ahora? ¿Ha visto más fantasmas?

—Víctor se irguió, suplicante, hipando y a punto de llorar.

—¡No son fantasmas...! Lo he visto tan claro como le veo a usted... Y otras personas también... dos chicas que... que venían conmigo...

Lasnier arrugó el entrecejo, perplejo. Pero preguntó:

—¿También ellas estaban borrachas?

—No... no...

—No, supongo que no lo estaban. No les conviene para sacar los cuartos a los primos...

—Nos ha pedido fuego... la llama ha descubierto su rostro... Louis...

El gendarme llegó a tiempo de acercarle una silla antes de que cayera al suelo. Sentado, con la cabeza bamboleante, era la imagen de la desesperación y el terror.

Lasnier comenzó a interesarse por él nuevamente. Ya le había sucedido la otra vez, con lo que se había ganado una repulsa del inspector Chaubert, pero pensó que las repulsas de éste no causaban demasiado daño, y decidió hacer algo.

—Que alguien lo lleve al Servicio Médico de Guardia, a ver si consiguen aclararle el cerebro. Luego me lo traen aquí de nuevo. ¿Comprendido?

Los gendarmes asintieron. A Víctor no pareció gustarle la perspectiva, pero se vio conducido en volandas, depositado sin mucho cuidado sobre una larga mesa, desnudado; duchado... Le obligaron a tragar alguna pócima que por poco le saca las tripas...

Y casi la totalidad de la borrachera se esfumó.

—¿Un cigarrillo? —le preguntó el interno.

—No... quiero ver al inspector...

Un gendarme le acompañó, poniéndolo en manos de Lasnier.

—Bien, amigo mío. ¿Cómo se encuentra?

—Mal —confesó—. ¿Puedo hablar con el inspector?

—Será mejor que de momento hable conmigo. Si termina como la otra vez, Chaubert lo echará a usted por la ventana. Veamos, ¿qué ha sucedido?

Víctor lo contó todo con detalle. Su lengua, ahora, le obedecía, pero su mente daba vueltas y más vueltas y de vez en cuando tenía que cerrar los ojos.

Cuando terminó, Lasnier se rascó el cogote, incrédulo.

—¿Quiere usted decir que el hombre era su primo Louis, el que murió hace meses?

—Sí, sí, era él.

—Pero, ¿no comprende que eso es imposible? Los muertos no salen de sus tumbas, amigo, excepto en las películas terroríficas. No puede ser su primo Louis. Usted cree verlo, eso es todo... Sólo cree verlo a causa del alcohol que...

—No, no... ¡No, condenación! —estalló Víctor—. No estoy loco, aunque usted crea que sí. Puedo beber un barril de coñac y aguantar de pie sin ver apariciones. He visto a Louis, ¿lo comprende? En carne y hueso, pidiéndome lumbre para su cigarrillo... Y ellas también lo han visto, las dos furcias que me han dejado tirado.

—Si no le han aligerado la cartera puede darse por satisfecho. ¿Conocían ellas también a su primo?

—No, ¿por qué?

—Porque en ese caso ellas han visto a un hombre cualquiera... de nada le sirve su testimonio.

—Es cierto... Óigame, ¿qué puedo hacer?

—Dejar la bebida.

—¡Oh, al diablo! Usted sigue creyendo que veo apariciones... fantasmas.

—Poco más o menos...

—¡Pero no es así! —se desesperó Víctor, retorciéndose las manos con nerviosismo—. Dígame, ¿puedo ver al inspector? Tienen ustedes que hacer algo... Terminar con esto. Me persigue, ¿no quiere comprenderlo? Me persigue como si fuera mi sombra...

—Escuche, amigo — Lasnier habló suavemente, tratando de calmar al excitado

visitante—. Ahora no está usted borracho; bueno, no del todo por lo menos —rectificó, sonriendo—. Tiene que darse cuenta de que la policía no puede luchar contra alguien que no existe... alguien que ha muerto. ¿Es así o no? Hasta ahora nada nos demuestra que todo esto no son alucinaciones suyas cuando esta bajo los efectos del alcohol.

—Quiero ver al inspector.

Lasnier se encogió de hombros. Empezaba a cansarse. Se dijo que un policía no puede dejarse dominar por el sentimentalismo.

—Está bien —gruñó—. Allá usted...

Cinco minutos más tarde, Víctor Bencher estaba delante del rostro avinagrado del inspector Chaubert.

—Otra vez usted, ¿eh? —refunfuñó el obeso policía—. Tiene la fatal ocurrencia de venir a amargarnos la vida las noches en que podemos descansar un poco.

—No es culpa mía, inspector.

—No, ya lo imagino. La culpa es de ese fantasma, ¿no?

—Lo he visto esta noche tan claramente como le veo a usted... Y hace cuatro noches se me presentó también cuando iba a entrar en la escalera de mi estudio. En aquella ocasión se rió.

—Seguro. Los aparecidos son tipos muy cómicos. Vamos a ver; dice usted que esta noche le acompañaban dos mujeres y que ellas han visto al hombre, ¿no es así?

—Sí.

—Pero ellas no pueden demostrar que fuera el primo de usted...

—Bueno, no, claro... no lo conocían...

—De manera que sigue siendo usted el único que lo ve. Imagino que ningún amigo suyo lo habrá visto después de su muerte.

—No lo sé. Supongo que no.

—Ya me doy cuenta... usted es el único privilegiado.

El rostro de Chaubert se ensombreció más si eso era posible.

—Mire, señor Bencher —refunfuñó—. Nosotros no podemos salir a la calle a perseguir una sombra...

—¡No es una sombra! Ellas lo han visto...

El inspector se restregó la cara con la mano, furioso. Pero todavía consiguió contenerse.

—Bien: suelo ser muy paciente con todo el mundo —confesó. Incluso con los borrachos indecentes que vienen a amargarnos la noche. Haré que traigan a esas dos mujeres y les formularé unas preguntas. ¿Cómo se llaman?

Víctor dio los nombres y contempló cómo Lasnier los anotaba. Después les informó del cabaret donde solían estar a la espera de los primos y también el agente tomó nota.

Chaubert le ordenó entonces:

—Esto está cerca de aquí. Tráigame a ese par de damas inmediatamente.

Lasnier salió, íntimamente satisfecho del comportamiento del jefe. Había algo de patético en el borracho, algo que inspiraba lástima... Gruñó, disgustado, al considerar que se dejaba dominar nuevamente por el sentimentalismo.

Entretanto, Chaubert se dedicó pacientemente a rellenar la pipa y a prenderle fuego ante la mirada de perro agradecido del beodo, que le contemplaba desde el otro lado de la mesa.

Para entretener el tiempo, el inspector dijo:

—Cuénteme cómo murió su primo, señor Bencher.

Víctor lo hizo así. Chaubert pudo advertir el nerviosismo creciente del desgraciado mientras avanzaba en su relato.

Al terminar éste murmuró:

—Así que tanto el coche como el conductor se hundieron en el mar. ¿No es así?

—Sí, señor.

La arrugada frente del policía demostraba su concentración. Realmente, Chaubert deseaba encontrar algo, cualquier explicación capaz de calmar a su visitante y hacerle olvidar aquellas locuras de aparecidos.

De pronto rompió a hablar pausadamente:

—¿Por qué teme usted a su primo, señor Bencher? ¿Acaso porque no se encontró el cuerpo?

—¿Qué dice?

Víctor se había sobresaltado.

—Quiero decir que posiblemente tema usted a su primo Louis porque inconscientemente cree que está vivo al no haberse hallado el cadáver. ¿Es eso?

—No. Louis murió.

—¿Cómo está tan seguro?

—Hubo un testigo de vista del accidente. No hay duda sobre esto.

—Y a pesar de saber eso con tal seguridad usted teme su vuelta, su presencia aquí, persiguiéndole a usted. ¿Por qué?

—No lo comprende... No temo a Louis... temo... ¡Oh, maldición! No sé lo que temo.

Chaubert movió la cabeza, desconcertado. Comenzó a pensar que contender con un loco es más complicado de lo que parece.

Como si hablara a un niño, el inspector murmuró:

—¿Sabe usted, señor Bencher? Hay algo en todo esto que me intriga. De no ser así le habría echado a usted a la calle por la ventana...

—Gracias.

—No me las dé. Llevo tantos años de servicio que he olvidado la fecha de mi ingreso. Estoy a punto de jubilarme y lo único que deseo estos últimos tiempos es tranquilidad... Sin embargo, y escuche bien esto, es la primera vez en mi carrera que me encuentro ante un caso semejante. He tenido que perseguir a toda la gama de degenerados, pistoleros y ladrones que existe en este pecador mundo, pero jamás me han presentado una denuncia contra un aparecido... un fantasma...

Víctor hizo un gesto de impaciencia, interrumpiéndole:

—No es un fantasma... Esas dos mujeres han visto a un hombre de carne y hueso. Mientras siga usted creyendo que deliro no iremos a ninguna parte.

Chaubert se encogió de hombros.

—Bueno; esperaremos.

Y esperaron hasta que Lasnier introdujo a las dos mujerzuelas que acompañaban a Víctor cuando perdió el conocimiento. Las dos estaban asustadas, aunque trataban de disimularlo con su aparente descaro.

Chaubert esperó a que se hubieran sentado antes de empezar.

—Bueno, no perdamos tiempo. Sé quiénes son ustedes dos, de lo que hacen y dónde lo hacen, de manera que no gasten energías tratando de decirme cuán equivocados estamos respecto a su conducta. Cuéntenme con todo detalle lo que ha sucedido cuando este señor ha perdido el conocimiento en la calle.

—Pero, ¿es que nos acusa de algo? —protestó una de ellas—. No le hemos tocado ni un franco, inspector. Nosotras no somos de esa clase.

—Eso se ve a la legua. Pertenecen a la aristocracia. Y ahora, cuéntenme lo que he dicho.

Lo hicieron con todo detalle. Chaubert se sorprendió de que su relato encajase tan

perfectamente con el del beodo. Había dicho la verdad.

—¿Qué aspecto tenía el desconocido?

—Era alto... y vestía de oscuro. Llevaba un pequeño sombrero de éstos que se usan ahora.

—¿Y en cuanto a su rostro?

Eso ya fue más difícil.

Una de ellas dijo:

—Era bien parecido... joven. Y, ahora que me detengo a pensar en ello, creo que tenía algo de extraño...

Chaubert se enderezó.

—¿Qué es lo que tenía de extraño? —quiso saber.

—No sé cómo explicarlo... —se volvió hacia la otra—. ¿No lo notaste tú también?

—No.

—Creo que era como... Sí, como si su cara fuese blanda o algo así... No, no es exactamente eso —se rectificó a sí misma, apurada. Y añadió—: La verdad es que no sé cómo describirlo. Cuanto más pienso en ello más segura estoy de que tenía algo... algo... ¿Usted comprende?

—Ni una palabra —gruñó el inspector.

—Bueno... Digamos que no parecía humano. Eso es.

Víctor dio un respingo y casi gimió:

—¡Era humano! Un hombre como los demás... tenía que serlo.

—¿Por qué?

—Porque si no... estaría volviéndome loco.

Chaubert no le prestó mucha atención. Estaba más interesado por lo que decía la mujer.

—¿Qué le hizo pensar eso? —preguntó.

—Ya le he dicho que no puedo explicarlo... Además, cuando Víctor... cuando este señor cayó al suelo se apresuró a marcharse de allí. Sólo se inclinó un instante sobre él, como para asegurarse de que estaba vivo, y emprendió la huida.

—¿Dijo algo al marcharse?

—Sí... aunque no recuerdo qué fue.

—Está bien —suspiró el inspector—. Esto es todo. Pueden marcharse ustedes dos. Y otra vez, no dejen a un hombre abandonado en medio de la calle... o tendrán un disgusto.

Sé apresuraron a salir de allí a toda prisa. Víctor interrogó, excitado:

—¿Se convence ahora? Era un hombre que...

—Un hombre que usted creyó que era su primo, eso es todo.

—¡No, no! «Era» él.

Chaubert permaneció un instante en silencio, mirando al techo y arrancando humo de la pipa. Al bajar la mirada preguntó:

—¿Tenía su primo algún hermano gemelo?

—No.

—¿Está seguro?

—¡Claro que estoy seguro! Yo conocí a sus padres... viví con ellos una temporada, hace años. Louis era hijo único.

—Bien, entonces no hay explicación posible a todo esto. A menos que...

Víctor se echó hacia delante, esperanzado.

—¿A menos qué, inspector?

—Nada. Usted, la otra vez que estuvo aquí, habló del dinero de una herencia. ¿De qué se trataba?

—Preferiría no hablar de eso.

—En este caso hemos terminado —Chaubert le señaló la puerta con la pipa en la mano —. Puede irse y no vuelva por aquí, señor Bencher.

Víctor se «arrugó» inmediatamente.

Le ruego que me perdone, señor... Yo... Bien, se lo contaré...

Explicó la muerte de su tío y cómo había dejado heredero universal a Louis, sin incluirle a él en el testamento.

—Pero luego —añadió—, al morir mi primo la herencia pasó a mí automáticamente ya que era el único heredero de Louis.

—Comprendo. ¿Se pelearon usted y su primo a raíz de la herencia?

—Pues... En realidad discutimos. Yo consideraba injusto el testamento.

—Esas discusiones supongo que serían violentas.

—Pues... no.

—¿Hubo amenazas por alguna de las partes?

—No.

El inspector se encogió de hombros.

—Está bien. Pensaré sobre todo eso. Ahora váyase y acuéstese. Tiene usted muy mala cara...

—No me encuentro muy bien, ciertamente. ¿Harán ustedes algo?

—Sí... Si es que puede hacerse cosa alguna.

Agradecido, Víctor salió acompañado de Lasnier. Chaubert esperó el regreso de su agente y entonces ordenó:

—Mande un telegrama a la Prefectura de Deauville pidiendo que nos remitan toda la información posible del accidente en que murió ese Louis... Hay algo en todo esto, como he dicho antes, que no me gusta. Ningún borracho puede llegar a ese grado de terror por una simple alucinación.

—¿Qué es lo que piensa usted, inspector?

—Concretamente, nada. Pero si yo fuera psiquiatra opinaría que ese hombre tiene un complejo de persecución. Y si es así tiene que existir un motivo para que tema esa persecución. Ah. Lasnier... —añadió, cuando el agente se encaminaba a la puerta—. Haga una discreta investigación para saber exactamente dónde se encontraba nuestro borracho cuando lo del accidente.

—Bien, señor.

Chaubert se recostó en su sillón y cerró los ojos. Sonrió. No estaría mal que como despedida del Cuerpo pudiera esclarecer el caso deteniendo un fantasma... Eso no lo había conseguido nunca ningún policía. Casi agradeció la visita del borracho... Casi, solamente.

CAPITULO VIII

Laura esperó impaciente, con el auricular del teléfono pegado al oído y la mirada asustada dirigida al desmadejado cuerpo de Víctor que, derrumbado sobre un sofá floreado, estaba inmóvil con la cara cubierta por las manos. Era la perfecta imagen del abatimiento y la derrota.

Oía el timbre del teléfono repiquetear una y otra vez al extremo del hilo, pero Charles no contestaba.

—Qué sueño más pesado... —murmuró, más impaciente cada vez.

Estaba cubierta solamente por una vaporosa *negligée* sobre el pijama de seda. Su revuelto cabello enmarcaba su hermoso rostro realzando la infantil belleza, carente de afeites.

Al fin oyó que descolgaban el aparato.

—¿Charles? —preguntó con un suspiro.

—¡Laura! —exclamó el escultor, estupefacto—. ¿Qué te pasa? ¿Sabes la hora que es?

—Sí... Escucha, querido, tienes que venir enseguida, ¿comprendes? Aquí, a mi casa... Por la voz, Laura comprendió que Charles estaba asustado.

—¿Qué ocurre, Laura? —preguntó—. ¿Hay alguien contigo?

—Sí, Víctor...

Charles soltó una maldición.

—¿Te ha molestado ese bastardo? —gritó, furioso.

—No, no... Ya te contaré cuando llegues. Ven, Charles, por favor.

—Está bien. Salgo ahora mismo... el tiempo de vestirme.

Laura colgó el auricular y se acercó al derrumbado Víctor.

—Va a venir —anunció—. Creí que no iba a despertarse nunca. ¿Cómo te sientes?

—Gracias, Laura. Ahora empiezo a encontrarme mejor... No quiero volver a mi estudio.

—Olvídalo. Podrás quedarte con Charles.

—Él no me aprecia lo más mínimo, Laura.

—¿Y qué importa? Yo sé lo pediré, así no estarás solo esta noche.

Hizo una pausa. Víctor levantó la cabeza y la miró. Sus mortecinos ojos se animaron un poco.

—Me porté como un cerdo, ¿no es cierto, Laura?

Ella hizo un gesto indicando que no hablase del pasado. Después dijo:

—La culpa la tienen tus borracheras, Víctor. ¿Por qué no dejas de beber de una vez?

Se encogió de hombros.

—Creo que no podría...

—Inténtalo. Te estás destrozando a ti mismo. Bien; mientras llega Charles voy a preparar un poco de café.

Víctor quedó solo. Se recostó en el sofá y cerró los ojos. Todo el cansancio del mundo pesaba sobre sus hombros. Se encontraba agotado, cansado incluso de vivir, y por si todo

ello fuera poco, había todo lo demás que estremecía su cerebro y le hacía temblar mientras corrientes de hielo se apoderaban de su sangre.

Se estremeció. Inconscientemente, un gemido brotó de sus apretados labios. No podría resistirlo. Era demasiado... demasiado. No quería recordarlo...

Charles llegó, y la primera mirada que dirigió a Víctor no tuvo nada de amistosa. Sus ojos echaban chispas.

—¿Qué diablo has venido a hacer aquí, Víctor? —estalló por todo saludo.

Laura intervino al instante.

—Cálmate, querido... Víctor me lo ha contado todo.

—¿Qué es «todo»?

—Pues... Lo que le sucede. Tiene miedo de estar solo.

—¿Qué?

—Se lo diré yo... —terció el borracho—. Aunque es posible que creas que estoy volviéndome loco tú también, igual que lo cree la policía.

—¿Qué pasa con la policía?

—Lo creas o no, Charles —afirmó Víctor sin hacer caso de su pregunta—, he visto a Louis.

El escultor se quitó la pipa de la boca y miró a su antiguo amigo como si lo viera por primera vez. Durante unos instantes no articuló palabra. Después gruñó:

—¿Y temes que te tomen por loco? Pienso que tú mismo estás haciendo los posibles para que sea así, ¿no crees?

—Estoy seguro. Charles. No ha sucedido una vez, sino varias. Esta misma noche... dos veces.

—¿Pero no comprendes que no es posible?

—No comprendo nada, Charles...

—Está bien, cuéntame lo que ha pasado esta noche.

Víctor le refirió lo sucedido cuando iba en compañía de las dos mujerzuelas. Luego agregó:

—La policía se ha interesado un poco, pero no creo que hagan nada. Cuando he salido de la comisaría necesitaba beber. Estaba deshecho y...

—Y sigues estándolo —le atajó el escultor.

—Eso es debido a lo que ha pasado después... Verás, he entrado en un par de bares... No he bebido mucho; por lo menos, no tanto como tengo por costumbre, pero sí lo suficiente para encontrarme mejor. Entonces me he dirigido a casa... al estudio...

—¿Todavía vives en el mismo sitio?

—Sí... He pensado en cambiarme, pero todavía no he encontrado nada que me convenga por estos barrios. Y no quiero irme a vivir a las afueras.

—Bueno, sigue.

—Él estaba esperándome en el portal.

—¿Louis?

—Sí.

—No seas absurdo.

—Te juro que estaba allí, hundido en las sombras del zaguán.

—¿No sería una pareja que se aprovechaba de la oscuridad, muchacho?

—No, Charles. Era él.

—¿Le has visto el rostro?

—No... esta vez no. Pero me ha hablado.

—¿Cómo que te ha hablado?

—Sí... No olvidaré jamás sus palabras... las estoy oyendo continuamente desde el

mismo instante en que las ha pronunciado. Ha dicho con voz muy baja... ¿Cuánto te queda de la herencia, primo?

Víctor calló y se cubrió la cara con las manos. Jadeaba como si hubiese realizado un enorme esfuerzo.

—¿Qué ha sucedido después? —le apremió Charles.

—No lo sé. Creo que he salido corriendo... No recuerdo nada más. Cuando he recobrado el uso de razón estaba a dos manzanas de casa, apoyado en un poste y sollozando... ¡Sí, sollozando como un niño!

—Si no le has visto la cara podía ser cualquier bromista. Además no puedes estar seguro de que haya dicho esas palabras precisamente. Estabas borracho... y sigues estándolo. Es posible que te haya preguntado cualquier otra cosa... por un vecino por ejemplo.

—¡No, no, Charles! Esas palabras se me han grabado tan adentro que ya nunca podré olvidarlas. Además, le había visto la cara apenas dos horas antes.

—Estando borracho.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Alucinaciones, eso es lo que crees ver.

Víctor sacudió la cabeza negativamente, dándose por vencido.

Laura intervino suavemente.

—Así no hacéis más que perder el tiempo. Lo que Víctor desea es no pasar la noche solo...

—Poco queda ya de esta noche —refunfuñó Charles—. De todas formas le acompañaré a su estudio y me quedaré con él si es eso lo que quiere.

—¿No sería mejor que fuerais los dos al tuyo?

Charles vaciló. Mordió con fuerza la pipa.

—No —decidió—. Creo mejor el suyo para quitarle esa aprensión. Aunque sea en compañía siempre le ayudará a perder el miedo. Antes o después tiene que volver allí.

—Está bien, Charles —aceptó el borracho—. Iremos al mío.

Hay otra cosa —empezó el escultor con cierta vacilación—. Debes ir a que te vea un médico... un psiquiatra.

Víctor no replicó. Se encogió de hombros, y Charles añadió:

—Yo conozco uno muy bueno... Es joven, pero eficiente. No puedes seguir así.

Laura besó al escultor al despedirse. Con voz muy baja le susurró al oído:

—Gracias, cariño...

Charles se limitó a sonreír y salió en compañía de Víctor.

Al volver a acostarse, la muchacha pensó en todo lo sucedido. Sonrió en la oscuridad al pensar en Charles y en el amor que sentía por él, y en cómo se había portado con Víctor. ¡Pobre Víctor! Siempre había sentido afecto por él, un afecto tal vez inspirado por la compasión... No pudo guardarle rencor ni cuando puso en evidencia que había descubierto el amor de ellos dos.

Sin embargo, antes de dormirse, sintió un estremecimiento al pensar en las alucinaciones del borracho. Instintivamente cerró los ojos como si así quisiera huir de la oscuridad del cuarto...

Poco después se durmió.

A la mañana siguiente despertó tarde, de manera que se apresuró más que de costumbre y salió para realizar un par de visitas que tenía convenidas con unos expositores.

Era casi mediodía cuando subió las escaleras hasta el estudio de Charles. Se detuvo ante la puerta y giró suavemente el tirador para darle una sorpresa al escultor. Pero la puerta

no se abrió.

Sorprendida, Laura llamó con los nudillos, aunque sin obtener respuesta. Charles no estaba allí.

Decepcionada, volvió a la calle. No podía comprender por qué estaba cerrada aquella puerta. Nunca lo había estado.

No se había alejado ni media docena de pasos cuando Charles la llamó desde el otro lado de la calle.

—¿Dónde has estado? —inquirió la muchacha—. He subido arriba.

—Acabo de dejar a Víctor. Hemos estado hablando con el psiquiatra, ¿sabes? Y creo que ha tenido una buena idea.

—Cuéntame, querido.

—Vamos arriba primero.

Abrió la puerta del estudio con la llave. Una vez dentro Laura le preguntó:

—¿Por qué cierras con llave? Nunca lo habías hecho.

—Pues... Creo que es por lo sucedido con Pierre. Eso me ha hecho pensar que éramos demasiado descuidados, ¿comprendes?

Laura no replicó. Se limitó a mirarle con extrañeza.

Él la atrajo hacia sí y la besó casi violentamente.

—Te quiero —susurró—. No puedes comprender cuánto te quiero, pequeña...

Se besaron otra vez. Pero Laura estaba intrigada y se apartó pronto.

—Cuéntame lo de esa visita.

—Sí. El médico cree que Víctor padece manía persecutoria y que solo hay un medio de quitarle esa especie de complejo.

—¿Cuál?

—Los hombres rana oficiales intentaron en su día extraer el coche de Louis o el cadáver de éste sin conseguirlo. El lugar era muy profundo. Bien; el médico sugiriese que Víctor pague a hombres rana y les ofrezca una recompensa para que encuentren el cadáver. A la vista de él estará completamente seguro de que Louis murió realmente y de que no puede verlo.

—Pero Víctor está seguro de que murió.

—Se esfuerza para convencerse a sí mismo de eso —replicó el escultor—. Por lo menos, eso es lo que opina el psiquiatra... Ha estado hablando de las jugarretas que nos gasta el subconsciente. En el caso de Víctor, quien dicta su mente es el subconsciente. Además, las grandes cantidades de alcohol empeoran las cosas.

—¿Qué ha dicho Víctor?

—Ha aceptado la idea. Va a intentarlo.

Laura se estremeció.

—Sólo de pensar cómo encontrarán a Louis, caso de que le encuentren, me entran escalofríos.

—Olvídate de todo esto, amor... Tienes cosas más importantes en que pensar, ¿no crees?

—¿Cuáles por ejemplo?

—Nuestro amor... Y nuestro matrimonio. ¿Cuándo, Laura?

—El mes próximo, ¿no es así cómo habíamos quedado?

Él sonrió. Acto seguido sus labios buscaron los de la muchacha y se fundieron en una interminable caricia.

Más tarde. Charles propuso:

—Esta noche podríamos celebrarlo. Invitaremos a Elena y Jean para que nos acompañen y les diremos la fecha. ¿Qué te parece la idea?

—Estupenda. Pero... ¿Y Víctor?

El escultor hizo un gesto de fastidio.

—¿Vas a convertirte en su niñera? De todas formas, él preferirá emborracharse por su cuenta.

—Aun así, díselo. Tal vez acepte después de lo que ha pasado.

—Está bien; pero solo porque tú lo quieres...

Un nuevo beso fue el premio a su condescendencia.

Un delicioso premio, en opinión del escultor.

* * *

El inspector Chaubert acabó de leer el informe y quedó muy pensativo. La pipa, apagada, colgaba de sus dientes que él pareciera advertirlo.

Al otro lado de la mesa, Lasnier le contemplaba en silencio. Por nada del mundo se hubiera atrevido a interrumpir las reflexiones de su jefe.

Hasta que éste dijo:

—¿Dónde he oído yo ese nombre?

—¿Qué nombre, inspector?

—Pierre Chabot... el pintor que acompañaba a Louis Deschamps en su excursión a Deauville...

—Pierre Chabot... Chabot...

—El nombre lo he oído o leído en alguna par... ¡Por los clavos de Cristo!

Chaubert se había levantado violentamente, estupefacto. Lasnier le miró casi asustado.

—¡El asesinado! Pierre Chabot murió asesinado hace días... en un estudio que poseía. Leí el informe circular...

—¿Y era el que acompañaba a Deschamps?

—Por lo menos tenía el mismo nombre. Si este asunto me intrigaba, ahora hace algo más que intrigarme. Vamos a tener que movernos. ¿Qué ha averiguado sobre nuestro borracho?

—Estaba en París cuando ocurrió el accidente. Lo he comprobado sin ninguna clase de duda.

—Bueno, no era más que una idea...

El timbre del teléfono le interrumpió. Levantó el auricular y escuchó una voz femenina que le anunciaba:

—No cuelgue, por favor. Conferencia con Deauville...

—¿Deauville? —exclamó el inspector, atónito. Escuchó con gran atención. De vez en cuando emitía algún gruñido de aprobación y su mirada se posaba en su ayudante.

Cuando colgó, éste preguntó, interesado:

—¿Noticias nuevas, señor?

—Sí; el Prefecto ha creído que debía informarme, ya que yo le he pedido los detalles del accidente. Dice que Víctor Bencher ha solicitado permiso para mandar a un grupo de buceadores al lugar del suceso. Quiere encontrar el cadáver de su primo.

—Un poco tarde se ha decidido —opinó Lasnier con ironía.

Chaubert sonrió entre dientes.

—Se ha decidido ahora porque ha llegado a una conclusión lógica, supongo que aconsejado por alguien, un médico tal vez. Quiere convencerse de que su primo está muerto. A la vista del cadáver quiere tener la seguridad de que no puede ver a Louis, cuando está borracho.

—Bueno, sigo creyendo que sería más cómodo y efectivo que dejase de beber. ¿Qué piensa usted hacer, inspector?

—Esperar el resultado, aparte de algunas cosas más. Pero se me ocurre que usted podría llegarse basta Deauville, Lasnier...

—¿Tanto le interesa el caso, señor?

—Sí, he de confesar que me tiene intrigado. Hay algo en él que huele muy mal...

—Está bien, partiré para Deauville... será una especie de excursión. Pero... ¿me permite una pregunta, señor?

—Claro que sí, Lasnier.

—¿Cree usted realmente que encontrarán el cadáver?

El inspector sonrió como un conejo y arrancó una nube de humo a su pestilente pipa. Tardó en responder, como gozando ante la curiosidad de su subordinado.

Al fin murmuró:

—No; no creo que lo encuentren.

—Hemos tenido la misma idea, ¿verdad, inspector?

—No sé cuál es su idea, amigo mío.

Lasnier carraspeó. Nunca le había gustado exponer sus pensamientos al jefe porque cuando lo hacía y por desgracia se equivocaba, la lengua del inspector se convertía en un cáustico estilete, burlón e hiriente.

Sin embargo, esta vez se decidió.

—No es más que un presentimiento, señor —empezó, inseguro—. Pero supongamos que el tal Louis no murió en el accidente, sino que de alguna manera consiguió salvarse. Y sigamos suponiendo que el accidente fuese provocado... el hombre desearía vengarse, ¿no es cierto?

Chaubert no dijo nada. Siguió mudo esperando el resto.

—Bien; el único interesado en provocar el accidente sería el borracho para quedarse con la herencia. Si Louis quedó herido, incluso pudo sufrir un golpe que provocara en él un estado de amnesia. Víctor Bencher cobró la herencia en cuestión y su primo, al recobrar la lucidez, decidió que tenía que hacerle pagar la trastada.

—¿Por qué? Podía haberle denunciado por su intento criminal.

—¿Con qué pruebas, señor?

Chaubert sonrió y sacudió la cabeza.

—Me parece que tiene usted demasiada imaginación, Lasnier... Océpese del viaje y deje lo demás para mí. ¿De acuerdo?

—Sí, señor. Pero no me parece una teoría tan descabellada —se atrevió a insistir el policía.

—Sólo lo es a medias... En parte reconozco que está usted en lo cierto. Solamente en parte, Lasnier. ¿Cuándo saldrá usted hacia Deauville?

—¿Cuándo se hará el intento de rescate?

—Mañana por la mañana.

—Entonces saldré esta noche, señor. Creo recordar que hay un tren nocturno.

—Perfectamente. Que se divierta, amigo mío.

Un tanto desconcertado, Lasnier abandonó el despacho maldiciendo en voz baja el sentido del humor de su jefe. A medida que se hacía viejo le comprendía menos.

En fin; al diablo con él. Una excursión al norte siempre era agradable en aquella época del año.

CAPITULO IX

La niebla envolvía el paisaje cual un sudario húmedo y pegajoso. Estaba inmóvil porque no soplabla el aire, de manera que la visibilidad quedaba limitada a una corta distancia, lo justo para que los espectadores pudieran distinguir con dificultad la superficie del agua, a varios metros bajo ellos.

El grupo estaba formado por Víctor, que daba frecuentes tientos a una botella aplanada que no dejaba de la mano; Charles, que le había acompañado casi forzado por los insistentes ruegos de Laura, y dos ayudantes de los hombres rana que se habían sumergido. Un poco apartados, el Prefecto de Deauville contemplaba la escena en compañía del agente Lasnier, que fumaba con impaciencia.

Una gigantesca grúa esperaba la oportunidad de entrar en funciones para rescatar el coche. Los dos servidores de ella no prestaban mucha atención a lo que sucedía, muy ocupados en devorar sus respectivos desayunos.

El más nervioso de todos era Víctor, quien no hacía ningún esfuerzo por disimularlo. Había ya trasegado más licor del aconsejable por las circunstancias y fumaba un cigarrillo tras otro, arrojándolo a la mitad para encender otro inmediatamente.

—¿Crees que conseguirán sacarlo? —murmuró.

Charles se encogió de hombros.

—Cualquiera sabe. Dicen que aquí el mar es muy profundo... parece que las rocas, en el fondo, forman mía especie de precipicio submarino.

—Y aun cuando consigan sacar el coche nadie nos asegura que encuentren también el cadáver... Puede habérselo llevado cualquier corriente, o pueden haberlo devorado los peces... El coche era descapotable, ya sabes.

Charles no respondió. La aguda mirada de sus grises ojos estaba fija en la lisa superficie del mar, allí donde había visto hundirse los tres arriesgados buceadores profesionales.

A! cabo de un rato y de dos tragos más de la botella, Víctor gruñó:

—No comprendo por qué tardan tanto... El coche no puede estar muy lejos...

Vieron aparecer la negra cabeza de un hombre rana cubierto por el ceñido traje de goma. Todos se acercaron el máximo hasta el borde de las rocas.

El nadador se acercó nadando despacio y se encaramó sobre un saliente, donde quedó sentado mientras se despojaba de los tubos de oxígeno. Respiró hondo el aire normal y levantó la cabeza.

—¿Qué hay? —gritó el Prefecto.

—Hemos localizado el coche —anunció el buceador—. Está a unas veintidós brazas, encajado entre rocas. Es difícil sacarlo.

Lasnier formuló la pregunta que estaba en la mente de todos:

—¿Hay algún cuerpo en él?

—No lo sé... No he podido acercarme lo suficiente para verlo. Algo no funciona bien en mi equipo y por eso he salido...

Los ayudantes se apresuraron a cambiarle los cilindros metálicos por otros. Revisaron el nuevo equipo y el buceador se sumergió otra vez.

Nueva espera más tensa que antes.

Víctor parecía perder parte de su interés a medida que el contenido de la botella desaparecía. A su lado, Charles esbozó una mueca de disgusto al verle beber de semejante manera, pero no pronunció una palabra.

Media hora más tarde emergieron los otros dos buceadores. El que había salido anteriormente no apareció.

Cuando los dos hombres se hubieron reunido con el grupo, uno de ellos explicó:

—Ya lo tenemos. Podremos sacarlo si uno de nosotros puede introducirse en la grieta para fijar los garfios con los cables... El coche está cubierto de algas.

De nuevo le formularon la pregunta, y de nuevo la respuesta los dejó a todos sumidos en la ansiedad.

—No he podido ver si hay alguien en el coche. Está empotrado de morro en una grieta en la que apenas penetra la luz de las linternas. No lo sabremos hasta conseguir sacar el vehículo.

Todos se retiraron de nuevo para dejar espacio a la grúa, que maniobró lentamente. Tras un corto descanso y un cambio de equipos, los dos nadadores se lanzaron de nuevo a las profundidades, mientras un pesado cable de acero se hundía también junto a ellos como un gigantesco tentáculo.

Lasnier murmuró junto al Prefecto:

—Apuesto a que no hay nadie en el coche.

—¿Lo dice por las corrientes? En este paraje son muy flojas... No sé; pudo salir cuando el coche cayó.

Lasnier se abstuvo de explicar que su convencimiento estaba fundado en otras razones.

Como hipnotizados, siguieron atentamente los movimientos del cable mientras oscilaba cual si tuviera vida propia. Luego notaron unos tirones bruscos y tras esto se inmovilizó. La niebla se había aclarado un poco a medida que adelantaba la mañana. También acababa de levantarse un airecillo que la removía empujándola hacia tierra, de manera que dentro de poco tiempo la visibilidad aumentaría, lo que agradaba a todos.

De pronto surgió un buceador muy cerca del cable. Nadó para apartarse de éste e hizo señas a los encargados de la grúa, cuya maquinaria empezó a moverse lentamente. El cable se puso tirante, mientras el nadador, desde el agua, hacía gestos indicando suavidad...

Víctor vio que el cable comenzaba a salir del agua y se estremeció. Llevóse el gollete de la botella a los labios y la vació con un trago interminable.

Cuando volvió a mirar, el cable estaba enrollándose muy despacio en el tambor. Nadie hablaba. Todos estaban tensos, y, entre todos, quizá el más atento era Lasnier.

Al cabo de un tiempo que les pareció interminable asomó la carrocería cubierta de plantas marinas. El color rojo destacaba en medio del intenso verde a pesar de haber perdido su brillo. El coche salió del agua sujeto por el eje trasero, único lugar donde los buceadores habían podido fijar los garfios, de manera que el morro fue lo último en aparecer. Entonces vieron el terrible destrozo de la carrocería, producido al estrellarse contra el malecón. En realidad, la mitad delantera del auto estaba completamente machacada, sin forma alguna.

La grúa siguió elevando el coche y después giró para depositarlo en tierra. Todos se precipitaron hacia donde estaba bajando suavemente.

Lasnier contuvo el aliento. Había un bulto en el asiento delantero, algo informe y también cubierto de algas. Pero hasta que el auto reposó sobre la tierra no pudieron distinguir los detalles de aquel bulto.

Sin duda alguna era un hombre. Vieron que estaba encajado de tal manera con los

retorcidos hierros que no había forma humana de sacarlo sin antes cortar el metal; sin embargo, allí estaba.

El cadáver había aparecido al fin, aprisionado en su coche con tanta seguridad como si lo hubiera sido por un gigantesco cepo, una enorme garra de metal.

—Está ahí... está ahí... —balbució Víctor, incapaz de contenerse.

Charles lo sujetó para que no echara a correr. Tuvo que emplear la fuerza para mantenerlo quieto ya que lo único que deseaba el borracho era huir, huir lo más lejos posible para escapar de la horrible visión.

Lo que quedaba de Louis Deschamps era una masa informe, gelatinosa y casi deshecha por la acción del agua y de los voraces habitantes de las profundidades. Sin embargo, no había duda sobre su identidad, según comprobó pronto el Prefecto. El gran anillo desello en el dedo ya era una confirmación, pero aparte de eso encontraron la cartera del muerto en su bolsillo, y aunque casi deshechos por el agua, sus documentos no ofrecían dudas.

—¿Te convences ahora? —gruñó Charles de mal talante.

—Sí... está muerto... Claro que está muerto, no puede hacerme nada...

—¿Por qué tenía que amenazarle a usted? —inquirió Lasnier, que se había acercado a los dos hombres.

Víctor miró al policía, hizo una mueca y se desmayó.

Cuando volvió a la realidad y abrió los ojos vio que estaba en el blanco consultorio de un médico, tendido sobre la mesa de reconocimientos.

Junto a una ventana, Charles mordía su pipa con furia y permanecía silencioso mirando el alegre jardín que se distinguía a través de los cristales.

Junto a él, el borracho vio a un hombre cubierto por una bata blanca que le miraba con cara seria.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó el médico.

Al oírle, Charles se acercó.

—Bien... ¿Qué ha pasado?

—Se ha desmayado usted. El Prefecto le ha traído en su coche. ¿Se siente con fuerzas?

—No lo sé...

Le ayudaron a sentarse. Sus piernas colgaron de manera desmadejada al borde de la mesa.

—¿Qué demonios te ha ocurrido? —gruñó Charles. —Estábamos hablando y de pronto te has apagado como una vela.

—Supongo que la emoción...

—Desde luego —era Louis. O lo que quedaba de él por lo menos. De eso ya no puedes tener dudas.

Víctor no parecía muy contento a pesar de todo.

—Creo que nunca lo he dudado... —dijo, vacilante.

El doctor que había atendido a Víctor advirtió:

—Tiene usted, que hacer los posibles para dejar de beber, señor Bencher. No me gusta nada su aspecto, sinceramente.

—Sí... Lo intentaré...

—¿Te sientes bien para el regreso, Víctor?

—Sí, creo que podremos marcharnos enseguida...

No obstante, tuvieron que esperar hasta la tarde, así es que aprovecharon para comer en un restaurante y después Víctor se quedó allí para acabar de reponerse, dormitando, mientras Charles salía a la calle con la excusa de dar un vistazo a los lugares más interesantes de la villa.

En realidad, lo que hizo fue irse directamente al hotel donde se: había hospedado Louis

en compañía de Pierre. Visitó el garaje y vio que era un cobertizo adosado a la parte trasera del edificio. Mientras estaba allí apareció un camarero que le miró sospechosamente.

—¿Es usted huésped del hotel, señor? —le preguntó sin mucha amabilidad.

—No. Sólo quería hacerle unas preguntas al encargado del garaje.

—No hay tal encargado. Nunca lo ha habido. ¿Qué quiere usted saber?

—No creo que usted pueda ayudarme.

Se alejó, pensativo, y tomó el camino de la Prefectura.

Allí encontró todavía a Lasnier y se sorprendió al ver la concentrada expresión del policía.

—¿Dónde está su amigo? —inquirió el agente.

—Está en el restaurante... esperando la hora de marcharnos. ¿Han encontrado algo en el coche?

Lasnier clavó en él unos ojos entrecerrados en cuyo fondo parecía brillar una llama.

—¿A qué viene esa pregunta?

—He supuesto que lo examinarían para saber las causas del accidente. ¿No lo han hecho así?

—Lo están revisando en estos momentos.

—Ya... ¿No han encontrado nada sospechoso?

—¿Tiene que haber algo sospechoso en ese coche?

Charles hizo un ademán de fastidio. Gruñó su respuesta:

—Si cada vez contesta a mis preguntas con otra interrogación creo que perderemos el tiempo. Buenas tardes.

Lasnier le detuvo bruscamente.

—Dígame por qué supone que puede haber algo sospechoso en el coche, señor Delfosse.

Charles vaciló, pero acabó por encogerse de hombros.

—No puedo creer que fallasen los frenos en un coche como ese...

Lasnier sonrió.

—Y no fallaron —dijo suavemente.

—¿No?

—Una de las gomas de la bomba del freno estaba agujereada; eso es lo que la inutilizó.

—¿Y el agujero...?

—No puedo decirle nada más. Están examinándolo ahora, aunque hasta que lo hagan los técnicos de la *Sureté* no podremos afirmar nada. ¿Satisfecha su curiosidad?

—En parte solamente. Nos veremos en París, señor.

—Puede tenerlo por seguro.

Cuando Charles se alejó andando pensativamente, Lasnier permaneció mirándolo hasta perderlo de vista. Después encendió un cigarrillo y regresó al interior de la Prefectura.

Charles llegó al restaurante, sacudió a Víctor y tuvo que emplearse a fondo para hacerse comprender.

—Tenemos el tiempo justo para tomar el tren —dijo—. ¿Qué demonios te pasa?

—Lo siento... Me había aburrido. Tengo un dolor de cabeza tremendo.

—Y para curártelo has estado bebiendo —le acusó el escultor.

—Bueno... solo un par de copas.

Lo arrastró hasta la estación y, una vez en el tren, Víctor se derrumbó en un rincón del departamento y cerró los ojos. Charles pasó varios minutos con la mirada clavada en el borracho, pero al fin se cansó y dedicó su atención al paisaje, mientras en su mente una legión de ideas revoloteaban como abejorros.

Y no le gusta, nada lo que estaba pensando.

Anohecía cuando el tren entró en la estación de San Lorenzo.

Víctor andaba como en sueños y cuando llegó a la calle se quedó inmóvil, como si no supiera qué hacer o se encontrase perdido entre la multitud que le zarandeaba de un lado a otro.

—¿Te vienes conmigo? —le preguntó a Charles.

—No. Quiero ver a Laura antes de cenar. Si te parece nos encontraremos más tarde...

—No... No, gracias. Y gracias también por haberme acompañado, Charles.

—Olvídalo. Yo también tenía interés en ver si aparecía o no...

Se alejó dejándole solo. Una extraña intranquilidad fue apoderándose del beodo al verse sin la compañía de su amigo, a pesar de la satisfacción por haber salido de dudas en el asunto de su primo. Se alejó de la estación en busca de los lugares habituales mientras iba pensando que él había ganado. Ahora ya no tenía dudas. Louis estaba muerto y bien muerto. Nadie podía disputarle la herencia.

Iba a cambiar de casa. Y también podía comprarse un buen coche. ¿Por qué no había de hacerlo? Él tendría más cuidado que Louis... mucho cuidado.

Y a él nadie le discutía la herencia. El dinero era suyo, completamente suyo.

No pudo esperar a llegar al barrio. Entró en el primer bar que encontró a su paso y pidió un doble de coñac. Tenía tantas cosas que celebrar...

CAPITULO X

No sabía la hora que era. Tampoco le importaba, si hemos de decir verdad. Lo único que tenía importancia era el hecho de que Louis estaba muerto y bien muerto y él se había quedado con la herencia... Mucho dinero.

Dio un traspíe y estuvo a punto de caer cuan largo era. Gruñó un juramento y siguió adelante sintiéndose como si flotara en el espacio, ingrátido, eufórico y dueño del mundo.

Rió estruendosamente al pensar en la cantidad de coñac que llevaba tragado. Coñac *Martell*, naturalmente. Era un hombre rico. Siguió riendo, haciendo zigzags de un lado a otro de la acera y diciéndose una y otra vez que Louis estaba convertido en cadáver. ¡Al diablo Louis!

Trató de orientarse. Se detuvo. La mal alumbrada calle le resultaba vagamente familiar y, además, estaba desierta. Se felicitó a sí mismo por no sentir ningún temor. Aquel maldito y fofo policía había tenido razón; todo eran alucinaciones provocadas por el alcohol y la incertidumbre sobre la muerte de su primo.

Reconoció el lugar donde se encontraba y reanudó su vacilante marcha. Sus pies producían un irregular sonido en el silencio de la noche, un desacompañado *stacatto* que provocó su visa. Estaba borracho, muy borracho. Bueno... ¿A quién le importaba?

Lanzó una carcajada para corear sus propios pensamientos. Cuando la risa se extinguió escuchó otro sonido:

Unos pasos.

Unos pasos distintos a los desordenados suyos.

Aguzó el oído mientras andaba. Los pasos sonaban detrás suyo, a cierta distancia, y eran firmes y regulares aunque no apresurados.

Víctor se estremeció con un rebrote del pasado terror. Sin embargo, se dijo, aquello no tenía importancia. No iba a estar él solo en las calles de París.

Pero apresuró su vacilante paso con el deseo de alejarse lo más posible del otro noctámbulo.

Y entonces creyó percibir que los firmes pasos se aceleraban también. Eran como el redoble de un sordo tambor marcando una marcha inexorable.

Sintió una sensación de ahogo. No podía ser. Aquello eran figuraciones suyas producidas por la embriaguez. No obstante, escuchó con atención y varió algunas veces su ritmo de marcha; más despacio, más aprisa... más despacio otra vez...

Y los pasos imitaron exactamente sus movimientos.

Ya no había duda. Alguien le estaba siguiendo.

Un frío de hielo se apoderó de él. De nuevo, la sensación de aquel horror desconocido hizo presa en su mente y deseó correr, alejarse lo más posible de los pasos firmes y seguros que permanecían siempre a la misma distancia, esperando...

¿Esperando qué?

Víctor echó a correr, pero tuvo que detenerse y agarrarse con fuerza al poste de la luz para no caer rodando. Sus piernas no estaban para semejantes ejercicios. Había bebido

demasiado.

Gimió. Ya no trataba de luchar contra la conocida sensación de horror. Había vuelto a él con más fuerza que nunca porque ahora sabía que su primo había muerto. No podía perseguirle... y sin embargo allí estaba.

Los pasos se habían detenido. Desesperado. Víctor trató de taladrar la negrura con sus ojos desorbitados por el miedo. Le pareció que a cierta distancia, junto al muro de una casa, una forma imprecisa y oscura se erguía tan inmóvil como la misma muerte.

—No... no es posible...

Sin darse cuenta sus temblorosos labios habían murmurado. Se asustó del sonido de su propia voz.

La sombra no se movía. Era realmente alguien que se había detenido, no cabía duda...

Imaginó que sí él echaba a andar la sombra también lo haría. Iría detrás de él hasta enloquecerle, acorralándolo... Un sollozo subió a su contraída garganta. Si viniera alguien... Un gemirme...

¡Y la sombra se movió!

Primero escuchó los lentos pasos antes de notar el desplazamiento de aquella porción de negrura. Se acercaba... ¡Se acercaba!

Víctor hizo un esfuerzo para echar a correr, pero al soltar sus manos del apoyo que le ofrecía el sucio farol las piernas le fallaron y cayó de rodillas deslizándose a lo largo del poste.

Vio los bordes del círculo de luz a su alrededor. Realmente, la luz era escasa por tratarse de un estropeado y antiguo farol de gas. Sólo de imaginar lo que vería en cuanto la sombra entrase en el círculo luminoso sintió que se le paralizaba el corazón. No lo resistía... Ahora no resistiría porque había visto el cadáver...

¿Qué clase de horror era aquel? ¿De dónde surgía?

Y se acercaba cada vez más lento y seguro, inexorable como la muerte, implacable...

Víctor cerró los ojos, paralizado de terror. Sentía el castañeteo de sus propios dientes y sus labios temblaban emitiendo un débil gemido de bestia herida, apresada en una trampa.

El horror llegó al borde de la luz y se detuvo. Ahora podía ver la forma imprecisa del cuerpo, de las oscuras ropas y negros zapatos, del sombrero que ayudaba a mantener en sombras el rostro.

Víctor se encontró mirando aquella forma imprecisa como si esta le hubiese hipnotizado. Quería apartar los ojos y no podía. También quería gritar, pero su garganta se negaba a emitir cualquier sonido. Ni siquiera el agónico gemido brotaba ya de sus labios.

Sólo con que el desconocido diera un paso más podría verle el rostro. Y con solo pensar eso Víctor se sintió morir, porque él sabía qué rostro iba a ver... el rostro de un hombre muerto... un hombre deshecho, comido por los peces y el mar...

Un extraño sonido surgió de la forma inmóvil. Un sonido semejante a una risa ahogada, turbia como las profundidades del más allá. Víctor notó que el horror entraba en sus venas en forma de hielo, paralizando su sangre, apoderándose de él...

De pronto le llegó la voz, profunda y baja, pero tan penetrante como la punta de una espada:

—Ya me has visto, Víctor... Te habrá divertido ver lo que quedaba del cuerpo...

Víctor creyó morir. Sus piernas, de rodillas junto al farol, se volvieron de cera y se abrazó al poste como si el pudiera salvarle de la muerte que presentía.

La voz añadió:

—¿Has pensado lo que significa ser deshecho poco a poco por el mar... destrozado lentamente por los peces... pudrirse como una carroña abandonado de todos? Y todo esto por ti...

—¡No...!

Ni él mismo oyó lo que debía haber sido un grito, pero que no fue más que un sordo barboteo.

El negro horror había callado. Se movió...

Dio el paso que le separaba de la luz.

¡Y Víctor vio su rostro!

El rostro de Louis.

Y esta vez chilló, porque su debilitada mente no podía asimilar lo que estaba viendo.

Louis estaba ante él, con su rostro en calma, mirándole tan fijamente que parecía atravesar su cuerpo con los dardos de sus ojos.

Y mientras estaba mirándole inició una especie de sonrisa que atirantó la piel y se convirtió en una mueca escalofriante.

Víctor no pudo repetir su grito. Sentía la muerte entrar dentro de él, apoderarse ya de su corazón y de su mente... No se podía sufrir más ni en el mismo infierno.

Pero pronto vio que sí podía aumentar aquel sufrimiento físico que experimentaba, porque las manos de Louis avanzaron, se movieron sin prisa en busca de su garganta... y él estaba allí, de rodillas, justo a la altura de aquellas garras que se acercaban...

Sintió los dedos como si fueran de hielo, fríos y tensos al cerrarse alrededor de su cuello...

—No...

El barboteo murió en sus labios.

Las garras oprimieron un poco. No tenían prisa.

Víctor levantó los ojos. El rostro de Louis estaba en calma... la calma de la muerte.

Y una voz, en alguna parte; gritó:

—¡Eh! ¿Qué pasa aquí?

Víctor ya no oyó nada más. Se desplomó junto al farol cual un muñeco roto.

* * *

—Muy ingenioso —gruñó el inspector Chaubert.

Ante él, Lasnier y un hombre de unos cincuenta años se inclinaban sobre la mesa para mostrarle un pequeño objeto.

El hombre dijo:

—Vertieron unas gotas de ácido corrosivo sobre la gema. Debieron hacerlo poco antes de que el coche emprendiera la marcha, ¿comprende? Así, si necesitaba frenar suavemente al principio, no pasaría nada; el freno funcionaría bien porque el ácido no habría atravesado todavía la goma. Pero minutos después, y si se obligaba a la goma a un esfuerzo violento, quedaría inutilizada de manera que el freno quedaría también inservible.

—Y le aseguro a usted, inspector —intervino Lasnier—, que la pendiente por dónde se precipitó el coche es como para emplear el freno sin suavidades de ninguna clase.

—Ya veo... Un tipo muy listo —comentó Chaubert.

El técnico del laboratorio se enderezó.

—Bien; aquí le dejo la goma y el informe. Usted verá qué hace con todo ello.

—Tendré que entregarlo a las lumbresas del Ousides Orfevres, pero antes...

—Como quiera —murmuró el técnico—. Si me necesita ya sabe...

Se estrecharon las manos y el hombre salió.

Lasnier dijo:

—Fue una sorpresa para mí ver aparecer aquel cadáver, se lo aseguro.

—Lo creo.

—Pero usted no se ha sorprendido demasiado según veo.

—Solo hasta cierto punto. Estaba convencido, y sigo estándolo, de que tanto si aparecía el cuerpo como si no, todo este asunto gira alrededor de algo endiablado. Nunca había visto nada igual.

—No me diga que sospecha lo que sucede realmente.

—Pues... creo que sí.

Lasnier se disponía a replicar, incrédulo, pero un estrépito procedente del exterior del despacho se lo impidió. Los dos hombres escucharon los gritos mirándose estupefactos.

—¿Qué demonios significa esto? —exclamó Chaubert, levantándose.

—Voy a verlo...

Lasnier abrió la puerta dispuesto a salir para averiguar el motivo de aquel escándalo. Pero no le dieron la oportunidad. Dos gendarmes y un agente de paisano bloquearon la salida en su lucha con un tipo enloquecido que forcejeaba y se debatía como un demonio.

—¡Basta! —aulló Chaubert.

Entraron en tromba. Cuando la situación se aclaró un poco, los dos gendarmes mantuvieron sujeto a Víctor, que había cesado en los forcejeos.

—Este individuo, inspector... —trató de explicar el agente.

—Suéltelo.

—Se ha precipitado hacia aquí, señor. Hemos tenido que...

—Suéltelo he dicho.

La voz del inspector no admitía réplica.

Víctor se tambaleó al quedar libre. Lasnier lo llevó hasta la silla mientras los ojos de Chaubert quedaban fijos en el borracho.

—Ustedes pueden regresar a sus puestos —ordenó a los demás, sin mirarlos.

Excepto Lasnier, los otros se apresuraron a desaparecer.

—Así que ha vuelto usted, ¿eh, amigo? —masculló el inspector.

Más, a pesar de la violenta entrada, no parecía muy disgustado.

—Tienen que protegerme, —sollozó el beodo.

—Seguro que lo haremos. Trate de serenarse y después cuénteme lo que ha sucedido.

Lasnier gruñó:

—Creo que sería mejor llevarle al servicio médico y...

—No ahora —le atajó su jefe—. Quiero ver qué tiene que decirme antes de que se le pase la borrachera. Vamos, señor Bencher, hable.

Víctor levantó la cabeza. Estaba lívido y con las ojos saltándole fuera de las órbitas, enloquecido.

—Lo he visto... otra vez... —balbució.

—Está bien, cuente las cosas por orden.

Lasnier se sorprendió de la paciencia de su jefe.

Víctor asintió con un gesto. Luego empezó con voz ronca, débil:

—Se me ha aparecido... Venía siguiéndome, y me ha hablado. ¡Dios mío! Ha sido espantoso...

—De acuerdo, de acuerdo... Sin embargo, esta mañana usted ha visto el cadáver de su primo... no irá a decirme que cree en fantasmas...

—¡No sé en lo que creo! Estoy dispuesto a creer en cualquier cosa después de... de lo sucedido esta noche.

—Antes de seguir adelante, señor Bencher, ¿está totalmente seguro de que era su primo?

—Sí. He visto su rostro a la luz del farol.

—Ya comprendo...

—No me cree, ¿verdad?

Chaubert se encogió de hombros y murmuró:

—Eso no importa ahora. Cuente usted las cosas a su manera.

Víctor se disponía a hablar cuando recordó algo y se levantó tan vivamente como le permitieron sus vacilantes piernas. Se inclinó sobre la mesa llevándose las manos al cuello de la camisa.

—Mire mi cuello... tienen que haber quedado las señales...

—¿Qué?

—Sus manos... quería estrangularme...

Frenéticamente arrancó el botón de la camisa y abrió el sucio cuello. Chaubert se inclinó también y su mirada centelleó.

—¡Por todos los diablos! —balbució, estupefacto.

—Es cierto.

En la piel aparecían claramente marcadas las huellas de unos dedos. Amaratadas, eran un mudo testigo de que el borracho tenía razón.

Este gimoteó:

—Sus dedos... eran helados...

Lasnier también estaba mudo de asombro.

—¿Seguro que era su primo?

—¡Sí, sí! Lo he visto tan claramente como le veo a usted.

—¿Por qué no ha acabado de estrangularle? ¿Se ha defendido usted?

—No he podido... Estaba paralizado por el terror... alguien ha gritado y yo he perdido el conocimiento... Ya no sé más...

—Está bien, señor Bencher, esta vez tiene usted una prueba de la persecución de que es objeto.

Víctor se echó hacia atrás en la silla y cerró los ojos. Iban a hacer algo... iban a ayudarle...

La voz de Chaubert le llegó desde muy lejos cuando dijo:

—¿Qué tiene su primo contra usted?

Abrió los ojos, asustado.

—¿Contra mí?

—Sí. Debe darse cuenta que no podemos ayudarle, señor Bencher. No podemos luchar contra un aparecido... pero si sabemos por qué va detrás de usted, tal vez se pueda hacer algo.

El terror se agudizó en la extraviada mirada del borracho. Se balanceaba en la silla, incapaz de sostenerse. Estaba agotado, y la enorme cantidad de alcohol que había ingerido aquella noche acababa por vencerle.

—No... no puedo decirlo...

Lasnier, estupefacto, estaba mirando a Chaubert como si creyera que su jefe se había vuelto loco. ¡Un aparecido!

Sin embargo se abstuvo de hablar.

La voz de Chaubert surgió de nuevo suave, casi dulcemente, para llegar hasta la enturbiada mente de Víctor.

Sus palabras fueron:

—Él le persigue a usted, Bencher, porque quiere vengarse de alguna cosa. No se librará usted nunca de él... Nunca podrá volver a vivir tranquilo y una noche, cualquier noche, esos dedos helados harán presa en usted y...

—¡Cállese! —gritó Víctor histéricamente.

—El que yo me calle no conseguirá desvanecer esa amenaza. Sólo si su primo cree que su venganza está cumplida de una manera o de otra usted quedará en paz y no volverá a verlo. ¿Me comprende? Tiene que creerme...

—¿Usted también cree que es él? —balbució Víctor, completamente perdido el control de su mente.

—Sí.

Lasnier pego un respingo. Jamás hubiera creído nada semejante del jefe. ¿Desvariaba o qué? Se dispuso a hablar, pero una firme mirada del inspector le hizo cerrar la boca.

Víctor susurró:

—Sí... es Louis... es su venganza...

—¿Quiere contármelo todo, Bencher?

La voz del inspector era afectuosa, tanto que acabó de desconcertar a Lasnier.

—Sí... No; si yo le dijera...

Víctor calló. Estuvo a punto de caer de la silla, pero Lasnier se apresuró a sujetarle por un hombro. Chaubert comprendió que había ganado. Volvió a hablar tan amistosamente como antes.

—¿Quiere que le diga yo lo que sucedió, señor Bencher?

—¿Usted?

—Sí.

—¿Usted sabe...?

—Todo.

—No... no es posible... nadie puede saberlo...

—Mire usted, Bencher. ¿Sabe lo que es eso? Víctor intentó aclarar su turbia mirada. Lo único que vio fue un objeto negro, redondo, sostenido por los dedos del inspector.

—No.

—Es el tope de goma de una bomba de freno... Perteneció al coche de su primo. ¿Comprende ahora?

—No...

—Naturalmente. No fue usted quien vertió el ácido en esta pieza... Fue su amigo Chabot, ¿verdad? Pierre Chabot.

Víctor se dio por vencido. Ya no quería luchar. Una sola vez más que viera a Louis frente a sí y se volvería loco o moriría...

—Sí —afirmó, cubriéndose la cara con las manos.

Chaubert suspiró y se echó atrás en su asiento. Lasnier se inclinó hacia adelante, completamente estupefacto.

El inspector añadió:

—Hablaré yo, Bencher... Usted confirmará mi teoría. ¿De acuerdo?

Víctor no se movió. Sollozaba, con la cara cubierta por sus manos.

Chaubert prosiguió:

—No sé los detalles, pero usted quería apoderarse de la herencia que había cobrado su primo Louis... Consideraba que parte de ella le había sido escamoteada. Sin embargo, no se atrevió a atentar contra él. Eso le habría señalado como criminal ya que el único beneficiario hubiera sido usted. Entonces pensó en su compañero Chabot y le propuso el negocio.

—No —le atajó el borracho casi sin voz—. Fue Pierre quien me lo propuso a mí... Vino a verme por la noche, después que Louis se había hecho cargo de la herencia.

—Para el caso es igual. Le propuso matar a su primo de manera que todo el mundo creyera que había sufrido un accidente. Naturalmente, él debería cobrar parte del dinero. Y arregló las cosas para que Louis le llevara con él en su excursión. Una vez en Deauville

aprovechó la primera oportunidad para sabotear el coche y Louis se mató. ¿No fue así?

—Sí... Yo no sabía cómo se proponía hacerlo...

—Ahora ya lo sabe. Y después usted le mató a él. ¿No es cierto, amigo mío?

—Sí.

—¿Por qué, para impedirle hablar?

—No. Habíamos quedado que le daría quinientos mil francos. Luego... luego me exigió la mitad de la herencia. Peleamos y yo estaba borracho. Le golpeé con una figura de bronce... Después, después no sé, no recuerdo qué hice...

Chaubert cerró un instante los ojos. ¿Por qué sentía pena por el borracho?

—Está bien, Bencher. He de detenerle, pero le aseguro que de ahora en adelante se encontrará usted mejor... y más tranquilo.

—Sí... ya no me importa nada.

Sus ojos eran como dos cuentas de vidrio; vacíos y sin expresión, como si dentro de él no quedase ya nada. Sin mirar al inspector murmuró:

—No se atreverá a venir, no llegará hasta una celda...

—Puede estar seguro.

Lasnier no atinó a moverse, no daba crédito a sus oídos, y cuando Chaubert se dirigió a él tardó un poco en reaccionar.

—Que alguien lo lleve al servicio médico, Lasnier.

—Sí... sí, señor.

Víctor se dejó conducir igual que un niño, pero en la puerta se volvió y, tambaleándose, preguntó:

—¿Qué me harán, inspector?

—No puedo saberlo, pero creo que se conformarán con unos años de encierro. Realmente, usted no era responsable de sus actos debido al alcohol.

La puerta se cerró y Chaubert procedió a llenar la pipa con actitud apenada. No se sentía satisfecho por el triunfo alcanzado. Además, había algo que le intrigaba terriblemente.

El aparecido.

Entró Lasnier, todavía asombrado.

—¿Desde cuándo sabía usted todo esto, señor? —preguntó.

—He ido atando cabos... y el borracho me ha ayudado mucho... Pero queda algo, Lasnier.

—El fantasma.

—Sí.

—¿Cree usted que Bencher veía a su primo cuando estaba borracho?

—Estoy seguro.

—Podía haber dejado de beber y no se hubiera delatado...

—Pero habría seguido viendo al fantasma —afirmó Chaubert, con lo que de nuevo dejó mudo de estupor a su ayudante.

—No irá usted a decirme que cree en aparecidos. Estamos en el siglo veinte, inspector.

—Mañana hablaremos, Lasnier.

Aplicó un fósforo a la pipa y empezó a fumar calmamente con la mirada perdida en algún punto invisible del techo.

Lasnier se estremeció y abandonó la oficina. Un poco más y sería capaz de creer en Drácula.

CAPITULO XI

Laura empujó la puerta y penetró en el estudio. Casi se sorprendió de encontrar la puerta abierta, al ver que Charles no estaba allí. ¿Ya había perdido el miedo?

Dejó el bolso sobre una silla y dio un vistazo para asegurarse de que su novio no estaba en el interior. Después volvió atrás y pensó que, sin la escultura, aquello parecía extrañamente vacío.

¿Dónde estaría Charles? No debía haber ido muy lejos, por cuanto la chaqueta que acostumbraba a llevar aparecía sobre el respaldo de una silla.

Encendió un cigarrillo. Se encontraba bien en el estudio, con la luz de la mañana tamizada por la espesa cortina. Realmente, pensó, era la luz ideal para una escena de amor, suave y velada.

Sonrió. Todas las escenas entre ella y Charles eran amorosas, a despecho de la luz.

Vio el armario empotrado donde Charles guardaba las botellas. Tomaría un trago para esperarle.

Pero el armario estaba cerrado. ¿Qué diablos le ocurría a Charles? Primero la puerta del estudio, después el armario de los licores. ¿Estaba volviéndose tan tacaño que no quería invitar a beber a los demás?

Laura miró a su alrededor. Sobre una mesa vio un delgado escoplo y casi sin pensar lo tomó. Empezó a forcejear en la cerradura del armario, dispuesta a escarmentar a su novio y a demostrarle que con ella no le valía llave más o menos...

La cerradura cedió con un chasquido. Sonrió. Ya le daría ella...

Abrió las puertas y alargó la mano hacia el interior y un grito agónico surgió de su garganta al ver el rostro de Louis mirarla recto a la cara con sus ojos muertos.

Sus piernas cedieron mientras ella se llevaba las manos a la boca. Los gritos murieron en sus labios y se desplomó al suelo incapaz de resistir la impresión recibida.

Cuando abrió los ojos vio a Charles inclinado sobre ella, mirándola ansiosamente.

—Laura... Querida...

De pronto recordó. El horror volvió a sus ojos y se abrazó histéricamente al escultor.

—¡Charles... allí...!

—Vamos, vamos... No es nada.

—Louis... Me miraba...

Charles no respondió y siguió prodigándole sus cuidados. Cuando la muchacha se atrevió a volver la cabeza vio que el armario estaba de nuevo cerrado.

Poco a poco consiguió calmarse. La razón volvió a su mente y fijó la mirada en Charles, interrogante.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó éste.

—Bien... Pero tienes que explicarme qué significa esto.

—Desde luego, amor...

Charles se apartó de ella, fue hasta el armario y lo abrió. Sacó de él un busto modelado en terracota.

—No es más que un busto de Louis, querida... Lo modelé valiéndome de unas fotografías tuyas.

—Pero... pero ese rostro... Es de... ¡Santo Dios! Eso es piel...

—No, cariño. Primero modelé el busto a tamaño natural. Después, y sobre él, para conseguir la máxima exactitud posible, realicé una máscara de caucho. La tuve que repetir varias veces porque no había manera de lograr un parecido exacto. Estaba a punto de abandonar el intento cuando conseguí ésta.

Ninguno de los dos advirtió un movimiento en la puerta, que empezó a abrirse suavemente, aunque se detuvo enseguida.

Laura dijo:

—Es su mismo rostro...

—Tiene muchos defectos, pero solo se ven con luz clara. Si descorres la cortina los descubrirás.

—Pero... ¿Para qué todo esto, Charles? —quiso saber Laura, todavía inquieta por lo sucedido. Pero de pronto recordó—. ¡Dios mío, Víctor!

—Sí, querida. He estado aterrizándole una y otra vez. El muy canalla...

—¡Charles! —exclamó ella, levantándose bruscamente—. ¿Por qué? Está loco de terror. No tienes derecho...

—¿A obligarle a confesar? ¿No tengo derecho a asustarlo de tal manera que acabe delatándose a sí mismo?

—¿Delatándose?

—Estoy seguro que él hizo sabotear el coche de Louis. Por eso se mató. Un policía me dijo que habían agujereado la bomba del freno. Sólo pudo hacerlo Pierre, por encargo de Víctor para que éste pudiera quedarse con el dinero. ¿No lo comprendes?

—No puedo creerlo.

—Víctor es un asesino. El instigó el asesinato de Louis, y luego mató a Charles. Aquello era obra de un loco o un borracho incapaz de controlar sus actos... Lo destrozó, maldito sea.

—Calla, por favor...

—¿Recuerdas que Víctor le aseguró a Louis que no podría disfrutar de la herencia? Por eso yo temía a Víctor, pero no por nosotros. Después, cuando Luis se estrelló, registré el estudio de Víctor por si encontraba algo que lo delatase. Lo único que había allí era una pistola. Se la quité por dos razones: para que en un momento de delirio alcohólico no se pegara un tiro, y porque, habiéndome ya aparecido a él, no tuviera ningún arma con que defenderse.

—Pero lo que has hecho es inhumano, Charles... Víctor es un desgraciado.

—Tanto como quieras. Pero también es un criminal.

—No puedes estar seguro. No puedes afirmar una cosa semejante sin una prueba.

—Él nos dará la prueba cuando el terror le vuelva medio loco. Entonces hablará para librarse de ese terror.

—Ya ha hablado, señor Delfosse.

La nueva voz les hizo girar en redondo. Quedaron frente a frente con el inspector Chaubert, que les miraba sonriendo irónicamente.

—¿Quién es usted?

—Inspector Chaubert... El señor Víctor Bencher confesó todo anoche, señor Delfosse. Usted está en lo cierto. El cometió ese crimen y Pierre el sabotaje en el coche.

Los dos jóvenes se miraron. Los ojos del inspector estaban fijos en el busto que descansaba sobre la mesa. Poco a poco fue acercándose a él, mientras comentaba.

—Sospechaba algo por el estilo, aunque no tenía ni idea de cómo había sido hecho.

Naturalmente, yo no entiendo nada de escultura, ¿sabe usted?

—Resultó fácil, inspector. Una máscara de caucho, teniendo el molde, no es ninguna obra de arte.

—Ya veo. Usted se la colocaba en la cabeza y...

—Eso es. Se desprende fácilmente.

Charles tomó el borde de la máscara y la desprendió del busto. Durante un fugaz instante pareció como si estuviera arrancada la piel de una cara de carne y hueso y la sensación resultó espeluznante. Laura se estremeció.

—Ya veo. He pensado en un escultor; alguno que conociera a Bencher lo bastante bien para... En fin, he acertado. Aunque me pregunto si lo que usted ha hecho no puede considerarse como delito.

—¿Delito? No sea usted absurdo.

Sea como sea, no quiero más complicaciones. Tengo la confesión del criminal, de manera que... Tal vez pueda considerarse como una mascarada. Y no hay ninguna ley que prohíba a un ciudadano colocarse una máscara, siempre que no sea para nada delictivo. En fin, me marchó, señores. Sólo quería satisfacer mi curiosidad. Me resistía a creer en aparecidos.

Sonrió. Al llegar a la puerta hizo una inclinación de cabeza y desapareció.

Los dos jóvenes se miraron. Charles dijo:

—¿Convencida?

—Sí, Charles... tenías razón.

—Esa es la primera lección que debes aprender —murmuró con una sonrisa—. Siempre tengo razón.

Sus labios se unieron, y el amor alcanzó en ellos las cimas de la pasión. Tal como Laura había pensado, la tamizada luz del estudio resultaba ideal para una escena de amor.

Desde la mesa, el busto de terracota, ya sin su máscara de caucho, parecía mirarles agradeciendo a Charles la obra maestra que había realizado con él...

Y el beso se eternizaba, rodeado de caricias...

FIN



UN DELICIOSO TERROR

por Silver Kane

Fue el espantoso silencio que imperaba en la casa lo que sorprendió a Alma. Ella estaba acostumbrada a oír a su hermana trajar de un lado a otro, dar portazos, hacer, en fin, todos esos ruidos de la persona acostumbrada a vivir sola y que no teme molestar a los demás. Y de repente esta noche, precisamente esta noche, imperaba allí un espantoso silencio.

Alma empujó su silla de ruedas.

Salió al exterior de su habitación, que estaba en la planta baja. Su hermana había querido al principio destinarle una de las habitaciones vacías del piso superior, pero ella se había negado. En el piso superior estaría tan prisionera como en una cárcel, al no poder descender por las escaleras. En cambio aquí podía moverse y hasta le sería fácil salir a la calle, si lo deseaba.

Alma se encontró en el penumbroso pasillo sin saber aún exactamente qué era lo que le estaba ocurriendo. Pero aquel silencio le obsesionaba. Oyó el chirrido de las ruedas de su propia silla como si fuera algo lejano y amenazador. Vio las estatuillas y los viejos adornos con que Ketty había recargado la casa como si fueran fetiches de otras épocas, oscuros monstruos que la estuvieran amenazando.

¿Dónde estaba Ketty? ¿Por qué había salido de la casa?

¿Por qué aquel silencio?

¡Dos mujeres están como enterradas vivas en el centro de París!

Dos mujeres yacen sumidas en

UN DELICIOSO TERROR

¡soberbia novela de SILVER KANE que usted leerá más de una vez!

¡Adquiérala dentro de siete días!



COMO OPERA EL F. B. I.

Todos tenemos una idea de qué es y cómo opera la más eficaz organización creada contra el imperio del crimen.

Ahora bien, ¿corresponde nuestra idea a la realidad? ¿No será ésta más emocionante todavía que la ficción?

En estas páginas están los hechos auténticos.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

eso
tiene
VETERANO
un
VETERANO
sabor

VETERANO es de OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 6 ptas. * Impreso en España - Printed in Spain